



LA MILI DE AQUELLOS TIEMPOS

Por Juan José Hormigo Bautista.

La mili de aquellos tiempos

Capítulo 1

Las nueve de la mañana eran cuando el tren procedente de Madrid llegó a la estación de Badajoz.

Media hora antes subimos a él en la pequeña localidad de Guediana del Caudillo. Abarrotado iba de viajeros, la mayoría quintos que iban como yo a entregarse en la Caja de Reclutas de la capital extremeña. Después... cada uno a un destino diferente en toda la Península, el protectorado español en Marruecos y las islas. Cantábamos hasta la ronquera *Las madres son las que lloran/ que las novias no lo sienten/ se juntan cuatro granujas/ y con ellas se divierten*. Alegres sin llegar a la embriaguez profunda íbamos todos o casi todos. Cuando subí al tren me hallaba nervioso, me acompañaba mi padre, a entregarme a los militares en Badajoz; al igual que muchos padres de aquellos quintos del año 1960.

Enfrente de un matrimonio joven, o eso parecía y varias jóvenes del sexo opuesto al nuestro que según supe viajaban a la ciudad a servir nos sentamos. Pero yo estuve poco tiempo en el duro asiento de madera, me separé de mi padre y de la grata compañía que llevábamos en el departamento para unirme a los demás quintos.

Al pasar por el Montijo (/ me dijo una montijana/ si eres quinto de este año/ vente conmigo a la cama/. Cantaban a coro otros que venían de más allá de Mérida.

Mi padre entabló conversación con uno de aquellos hombres que bien iban en comisión de quintos puesto por el ayuntamiento de procedencia o padre, en este caso era padre. Hablaban icómo no! De nuestros destinos. "Mi hijo va a Sevilla—decía un hombre grueso, de manos callosas que se notaba que había dejado las manceras del arado para acompañar a su hijo—continuó- Ahora no es nada la mili, lo malo es en guerra, cuando yo estuve sí que se sufría ¿Ahora?... unas vacaciones.

-Mi hijo va a Córdoba apostilló otro también heredero del noble oficio de San Isidro.

Me llamó mi padre para presentarme a aquellos labriegos

- " Este es mi hijo; va muy cerca aquí mismo
- ¿A Badajoz?

- No, mejor a Mérida, el pueblo donde vivimos está muy bien comunicado por tren y por carretera.
- -i Qué suerte-se lamentó otro padre que llevaba cara de pena—al mío lo han destinado a Melilla, ha tenido peor suerte
- - Nunca se sabe, -le dijo mi padre para consolarlo.

Otra vez me marché buscando los que cantaban. Ahora arreciaban mas con la Montijana por aquello de "vente conmigo a la cama"

Nos presentamos.

" Yo soy de Medellín...Y yo de La Zarza, yo de Esparragalejo, Yo de Villafranca, de Hornachos de Ribera del Fresno,

No va ninguno de Fuente del Maestre (ese es mi pueblo de nacimiento) No iba ninguno, los de Villafranca me informaron que los de ese pueblo o sea mi pueblo se iban en el autobús que le pagaba el ayuntamiento y no tomaban el tren.

- Yo soy natural de La Fuente, pero hace años que vivo en Alcazaba, un pueblecito muy pequeño cerca de Gadiana del Caudillo, donde he montado. Me contagie con sus chabacanas coplas y perdiendo un poco la vergüenza cantaba a gritos con ellos, especialmente la Montijana.

Página 1

Las jóvenes criadas se asomaban al pasillo para vernos y oírnos entorpeciendo el paso a los usuarios del tren que iban al retrete o simplemente a estirar las piernas.

Nos creíamos importantes, pensábamos que aquellas humildes pueblerinas se enamoraban de nosotros, quizás algo hubiese de verdad, pero en estas creencias arreciábamos las voces volviendo a la montijana que dijo o eso decía la copla lo de vente conmigo a la cama. Los hombres nos miraban y sonreían con algo de melancolía y evocando tiempos pasados. Las muchachas volvían la cara y miraban disimuladamente hacia otro lado, cuando se cruzaban las insinuantes miradas y, las mujeres de edad madres nos compadecían.

" Pobrecitos, que alegres van! Para después suspirar acordándose seguramente de su hijo ya en filas o próximo a ingresar en la milicia.

Le hicimos lado a la pareja de servicio de la Guardia Civil, cargados de correajes, con su traje verde y su charolado tricornio negro; una era casi de la edad nuestra, el otro tan viejo como nuestros padres. El joven se sonreía al escucharnos, el viejo gruñendo comentaba para sí

" i Ya se os acabara el cante en el cuartel, si lo sabré yo"

" Y a ti que te importa- dijo un recluta reprochando los comentarios del veterano guardia civil- Pronto seremos iguales- dijo cuando ya la pareja se internó por el fuelle de acceso al siguiente vagón. Y luego comentó " Pronto seremos iguales, también nosotros llevaremos uniforme y un fusil. Al fin y al cabo todos soldados. Lo que no sabía el recluta es que la Guardia Civil son profesionales y agentes de la Autoridad aunque sean también soldados.

No sé por qué me hice a la idea de que aquel muchacho no le tenía mucha simpatía a la Benemérita.

El tren penetró en el túnel que está llegando a la estación de Badajoz; silbaba aminó la marcha entramos en la estación y

bruscamente se detuvo. La estación que se asemejaba en aquellos tiempos a una estación del lejano oeste, se hallaba abarrotada. Esperaban los familiares a los viajeros procedentes de la línea de Madrid y Sevilla. También el expreso de Lisboa llegaba pocos minutos más tarde en la vía de enfrente a la nuestra.

Me arrime a mi padre, al bajar del vagón, nunca había salido del pueblo y estaba asustado, cohibido, tenía miedo a perderme. Había muchos soldados por la sala de espera y en los andenes. Vi a tres juntos con machetes y uno de ellos llevaba cintas rojas en las mangas, me imaginaba que era el que mandaba, pero no sabía la graduación, hasta que mi padre me explicó que era el cabo que mandaba la patrulla de vigilancia.

“ Ya os enterareis cuando lleguéis al cuartel”- nos decían los soldados al paso y nos berreaban. Altaneros se burlaban de nosotros los tímidos reclutas que pronto seríamos. El cabo los mando a callar y saludando obedecieron, cuando llegamos a la Caja de Reclutas ya había mozos esperando en la puerta. Eran los de la capital y los pueblos más cercanos.

La caja de Reclutas había sido un antiguo cuartel de artillería. Asustados entramos en aquel caserón, y su patio semejante a la cárcel de mi pueblo (el que nací) pero mucho más grande. Badajoz se hallaba en fiestas, era el día 19 de marzo festividad de San José. Olía a pólvora de los fuegos artificiales y cohetes de feria, la primavera a la vuelta de la esquina las flores del cercano parque de Castelar exhalaban sus perfumes. La ciudad estaba engalanada bullanguera alegre.

Página 2

Era un día espléndido, la primavera se anunciaba tras un invierno lluvioso cuajadas de flores, y hasta allí llegaba el perfume de las rosas del parque de Castelar.

Un sargento de lacio y gran bigote, ayudado por dos cabos nos mandaban a formar, confusión enorme como es lógico no sabíamos ni colocarnos en fila el suboficial se impacientaba, aunque no se mostraba iracundo, tal vez por la permanencia de nuestros familiares en la puerta del cuartel y algunos hasta en el patio donde formábamos. Después de formados nos proveyeron de cuchara, tenedor y cuchillo las tres piezas unidas por un fleje que los mantenía en una sola pieza. También nos dieron un chusco y un huevo cocido hecho bocadillo, así como un petate vacío y una cantimplora para agua..

Cuando comprobaron que no faltaba nadie según la lista, ordenaron romper filas para despedirnos de nuestros padres, madres fueron muy pocas- Mi padre me abrazó y me besó, se notaba que las lágrimas querían asomar a sus ojos pero se hizo el fuerte y las pudo contener.

“ ¡ Ten cuidado hijo!- me decía. Yo he estado tres años en la guerra y casi dos antes en la mili en Madrid y nunca me arrestaron. ¡ Pórtate bien!. Ese fue el consejo que me dio al despedirse. Las tres o cuatro madres que allí estaban presente lloraban y también algunas hermanas y novias. Mi madre se quedó en casa, no pudo acompañarme, pero fue a la estación del pueblo por donde pasaba el tren destino a Mérida. Novia...aun no era novia todavía, y nunca lo fue, estaba enamorado de una rubia de nombre María de los Ángeles, a la que le escribí una carta pidiéndole amoros ,pero aunque me contestó por ironías del destino nunca llegó a mi poder.

Atravesamos el parque de Castelar, lleno de soldados y “ marmotas” como los veteranos decían a las muchachas de servir y niñeras—beheee,

behee, nos berreaban los veteranos que paseaban con ellas. Ellas se reían aunque algunas compasivas nos preguntaban.

“ ¿ Dónde os llevan? ¡Pobrecitos!- y nosotros orgullosos ufanos le contestábamos: a Mérida a Artillería. Arreciaban los berridos de los veteranos, por el puente de Palmas. Hasta que el sargento los mandó callar con amenazas de un arresto. Saludaron y se callaron....la disciplina militar, a veces es precisa.. Iba destinado a artillería el arma de mi padre, y yo me imaginaba vistiendo un bonito uniforme como el de mi padre con las bombetas relucientes en los cuellos de la guerrera.

Llegamos a la estación y en ella nos esperaba un tren viejo, cochambroso con asientos de madera y una locomotora humeante, vieja, que se le conocía haber recorrido todas las vías de España.¿ Cuantos miles de soldados habría transportado desde su fundación? nadie lo sabía, estaba destinada a eso, era un tren militar con locomotora y todo. Y en sentido opuesto otro tren, este más lujoso con locomotora también de vapor pero más grande, mas chata era el expreso de Lisboa con las letras CP doradas en los coches (Compañía Portuguesa) . Mas soldados en la estación, Badajoz ciudad fronteriza, alojaba muchas guarniciones por entonces, tal vez por eso por ser frontera con Portugal o por la causa que fuere los soldados abundaban mucho.

Ya embarcados el tren arrancó con trabajo la locomotora resoplaba asmática cansada y nosotros empezamos a cantar la canción de despedida. A dios con el corazón, que con el alma no puedo al despedirme de ti de sentimiento me muero.

Página 3

El andén se pobló de pañuelos blancos como palomitas de la paz que nos daban la despedida .Las mocitas y madres nos lanzaban besos con las manos, que nosotros alegres agradecíamos devolviéndoselos. Los veteranos se reían, y el jefe de estación con el banderín rojo plegado se entraba en su despacho diciéndose seguramente, otro menos.. Ya fuera de las agujas el tren alcanzaba más velocidad hasta llegar a unos sesenta kilómetros por hora; traqueteaba, resoplaba la locomotora como caballejo cansado, pedía ya la jubilación o mejor el desguace; otra vez empezamos a cantar pero ahora era otra canción. *Yo no siento ir a Melilla/ ni pasar por el estrecho/ lo que siento es mi morena/ que la dejo de barbecho/*. ¿ porqué pensábamos en Melilla si todos los de aquel tren nos quedábamos en Mérida?, bueno sería una corazonada que se cumplió. Nosotros íbamos a artillería, yo pensaba que era el arma, aunque mi abuela decía cuerpo donde sirvió mi padre en el año 33 allá en Madrid, y después tres años en el frente de Extremadura y Córdoba tres años, rezándole su madre a Santa Bárbara para que nada le sucediese, y la Santa la escuchó. Yo pensaba en aquel retrato que con la bandera republicana se hizo mi padre vistiendo el uniforme de artillero, con sus bombetas relucientes en los cuellos, pronto las luciría yo también, y pensando esto me sentía ufano y orgulloso de que me destinaran al mismo arma que a mi padre.

Primera parada Talavera, rezaba un cartel encima de la puerta principal de la estación. Una estación en medio de un campo de encinas y alcornoques que estaban arrancando para transformar las tierras en regadío. Rimeros de carbón vegetal se apilaban en el lugar de carga, y vagones negros esperaban ser cargados para seguir su rumbo a ¿ Madrid? ¿Barcelona? ¿Valencia? Puede, lejos sí que iban a descargar el combustible. Paró poco inmediatamente emprendió otra vez la marcha, quince minutos más tarde pasamos por Guadiana del Caudillo, corría el tren a más velocidad quizás que a ochenta por hora, la vía era recta y

llana y el maquinista aprovechaba para adelantar terreno y horario. No paró en esta estación, si lo hizo en la de Montijo; tenía que dar paso al rápido de Madrid, pero no nos dejaron bajar. El vagón donde íbamos paro frente a la cantina, dentro una joven fea y panda que sería y era la cantinera nos sacaba la lengua, y nosotros le dedicábamos palabras como tía buena, vente con nosotros al cuartel. El sargento nos mandó a callar y obedecimos al momento. Otros quince minutos después bajábamos en la importante estación de la Emérita Augusta, cuando el sol se ocultaba por las sierras de San Serván y las luces de neón empezaban a despertarse. Llegamos a nuestro destino. El cuartel se hallaba cerca de la estación y hasta el fuimos andando, a pié, Al entrar por el portón el centinela saludaba, y la guardia estaba formada ¿ Para nosotros?, no lo creíamos, pero sí era para nosotros. Al penetrar en el patio del cuartel arreciaron los berridos, de los veteranos, y nosotros asustados temblábamos de miedo a lo desconocido, que luego no fue tan malo como algunos decían.

Solamente comimos el chusco de pan y el huevo duro en todo el día, y tragos de agua caliente de la cantimplora que nos dieron en la caja de reclutas. Por lo que enseguida nos llevaron al comedor donde en unas bandejas de aluminio nos tenían unas tortillas a la española y un vaso de leche con otro chusco. El olor era nauseabundo, acostumbrados a nuestras casas, la verdad que a pesar del hambre no comimos mucho. El cabo 1º que nos asignaron aquella noche que era el de semana, decía -" ¿ No queréis comer ¿ Ya comeréis y esos olores mañana cuando os coloquen las vacunas serán a rosa.

Después cerca de las diez, nos llevaron al dormitorio, era una sala corrida con camas en el suelo a izquierda y derecha, las colchonetas estaban llenas con paja, que, por lo trillada era casi tierra, como tamo, dos burdas sábanas de dudosa limpieza, y dos mantas grises con una franja blanca en los extremos por la parte más estrecha, típica de las mantas militares de aquellos tiempos, una almohada o cabezal poco limpio con una burda funda medio amarilla, ya que el color blanco lo había perdido por los sudores de miles de cabezas que se reposarían en ellas el sueño, también como las colchonetas rellenas de paja desmenuzada sería nuestro lecho hasta que se licenciaran los veteranos. El cabo 1º nos deseó buenas noches y a continuación pronunció esta frase.

Página 4

" Después del toque de silencio que va a ser a continuación, no quiero oír ni una mosca, y advierto el que forme escándalo o hable va a dormir a la prevención en el duro suelo, pero antes recibirá un par de bofetadas de mi mano".

Con estas palabras es de suponer que nadie dijo nada, es mas yo al menos me fingía dormido sin estarlo.

A las seis de la mañana nos tocaron diana, carreras, nervios mal colocadas las prendas de paisano, las que llevamos de casa, ya que el uniforme no lo entregarían, cuando nos pusieran las temidas vacunas. Formados como es lógico mal y tarde, de paisano, y una vez pasada lista otra vez al comedor a desayunar; ya no nos olía tan mal, y aun sin vacunar. Café con leche y panecillo con mantequilla, desayunamos, y todos bebimos y comimos lo que nos pusieron, sin rechistar. Luego al botiquín, talla y reconocimiento, este departamento era más higiénico que el comedor y el dormitorio. Finalizado el reconocimiento, llegó la hora de las vacunas. En filas uno detrás del otro, en las espalda (la paletilla) nos

clavaba un practicante la aguja, otro a continuación, nos inyectaba el líquido milagroso con una jeringuilla me figuro que todo desinfectado, y este también nos sacaba la aguja y nos untaba con yodo el lugar del pinchazo. Algunos se mareaban, y hubo alguno que cayó redondo al suelo.. De allí al almacén de vestuario, por fin nos iban a vestir de soldados, nos darían la ropa como nosotros decíamos. No la dieron al azar, y lógicamente nos sentaba mal, al que no le estaba grande le estaba muy pequeña, parece que lo hacían adrede, con uniformes tan grande algunos parecían payasos de circo. **"Cambiaros los uniformes"** - decía el brigada que nos la proporcionaba, y empezó el cambio. A mí el pantalón me venía corto, la guerrera bastante bien, me lo cambió otro que le venía muy grande,- pues el muchacho no era muy alto, y por fin si no cortado por un patrón, si casi a la medida, al final todos contentos, hasta el brigada, igual ocurrió con las gorras y las botas. Tengo que decir que a mí no me sentaba mal, y cuando me vi vestido de soldado fue un gran orgullo y una gran ilusión, ya que los uniformes me encantan.

A continuación el destino, nos encuadraron en las baterías, la primera y la segunda, solo de dos se componía el regimiento. Fui destinado a la primera, segunda sección, cuarto pelotón y sexta escuadra.. A mi escuadra destinaron a Nicolás, no he hablado de él, ahora lo hago. Nicolás era un muchacho taciturno, hablaba poco, ya en el tren se mostraba remiso, no cantaba y se le veía muy apenado, era analfabeto total, en su pueblo según me dijo, era obrero agrícola, que lo explotaban todos los "señoritos" del lugar, trabajando de sol a sol por un mísero salario.

Página 5

Otros que fueron destinados a mis unidades y excelentes compañeros de fatigas como Juan Márquez natural de Hornachos, barbero en su pueblo, y luego lo fue en el regimiento, se las daba de listo, sabía leer y escribir, y siempre estaba enseñando la fotografía de su novia. Por cierto no muy agraciada. Alonso Llamazares, de Villafranca de los Barros, enfermizo amargado, muy pesimista, sabía leer y escribir, pero deficientemente. Juan Martínez, albañil como Alonso y del mismo pueblo, regordete muy chistoso y optimista, que en momentos difíciles nos hacía reír con sus chascarrillos, sabía leer y escribir pero con muchas faltas de ortografía. Luego el intelectual José Rabanal de Don Benito, administrativo, bastante culto, pero siempre amargado, no le gustaba la vida militar ni para diversiones, que, aunque pocas también las teníamos, los seis formamos la escuadra de fusileros. El cabo que nos mandaba era un tipo chulo, déspota y abusón, era de Castuera.

Aquel mismo día una vez uniformados empezamos la instrucción sin armas. Mucho saludo; cinco días nos estuvieron enseñando a saludar y durante esos cinco días no nos dieron paseo ni salida del cuartel.

" Hasta que no sepáis saludar correctamente y el uniforme en perfecto estado no salís de paseo"- nos decía el capitán constantemente. Tantas veces hicimos el saludo militar que saludábamos mejor que los veteranos y hasta que los oficiales.

Por fin llegó el día deseado, era domingo y cuando finalizara la misa, ya podíamos permanecer en la calle hasta el toque de retreta, por las calles y plazas de Mérida. No salimos todos, yo sí, pero Alonso Llamazares por no aprender el saludo como nos exigían se quedó sin

paseo. Mi madre me esperaba en la puerta del cuartel, ya le comuniqué en una carta que el domingo nos daban licencia para salir todo el día de paseo por Mérida, aunque no nos podíamos desplazar a ninguna población ni a la mas cercana ; le acompañaba mi hermana la pequeña de cuatro años de edad. Muchas madres y novias y hermanas estaban en la puerta esperando la salida de los reclutas es decir de nosotros. Una mujer de unos 37 años me besó y me abrazó-ii Hijo mío...!!!- exclamó las lágrimas de aquella madre me humedecieron las mejillas, quedé sorprendido, y lo que ocurrió es que como todos vestíamos iguales se equivocó y me tomó por su hijo. La pobre mujer al darse cuenta de su error, prorrumpió en un copioso llanto. Su hijo no había salido de paseo se lo denegaron por no sé qué del uniforme o de los botones que no estaban bien cosidos y se desprendieron dos o tres de la guerrera. El cabo de guardia que se percató de lo que acontecía y lo angustiada que se encontraba aquella señora al no encontrar a su hijo, tal vez pensando en su madre hizo una buena acción para su ínfimo cargo.

“¿Que le ocurre señora? “- le preguntó. La pobre mujer sin dejar de llorar, le dijo que no veía a su hijo entre todos aquellos soldados, y le dijo el nombre. Estaba arrestado en la cocina, y no podía salir de ella pelando patatas y fregando platos. La mujer insistía que quería ver un segundo a su Manolito, ya que se había desplazado de un pueblo lejano para eso. El cabo habló con el oficial de guardia y el jefe de cocina, para que le concedieran esa gracia de que su madre lo quería ver. Las madres, que cosa hay como una madre, nada por mala que sea. El oficial y el encargado de cocina se enternecieron a las palabras del cabo y le concedieron estar con la autora de sus días una hora, en el cuerpo de guardia sala de visitas.

Página 6

Mi madre me trajo un paquete de comida, chorizo, queso de oveja, chucherías como caramelos y avellanas y también un paquete de Ideales, para entendernos de tabaco que entonces la marca ideales se fumaba mucho entre los pobres. Lo repartí con los de mi escuadra, y es que el compañerismo en aquellos tiempos superaba lo normal y mas entre soldados. Se tuvo que marchar en el tren de las tres, no circulaba otro hasta el día siguiente por la mañana. Cuando mi madre y mi hermana se marcharon, me reuní con Nicolás y Juan Martínez y nos fuimos a pasear a la populosa calle de Santa Eulalia. Nos dijo Nicolás que había una prima suya sirviendo en una casa de la ciudad, pero no sabía donde, a los diez minutos no la encontramos. Mérida es pequeña, y más en aquel tiempo y no era difícil localizar a una persona. Cuando lo vio exclamó echándole los brazos al cuello alegremente.

“ i Ay primo, que alegría sabía por mi madre que te habían destinado aquí.

Nicolás nos la presento muy contento y ufano de tener a alguien con quien pasar el rato cuando nos dieran paseo. Se llamaba Loli y era una morena muy guapa, aunque sus manos las tenia ásperas por la acción del fregoteo, que con énfasis nos tendió a todos. Con ella iban dos más, una rubia de nombre Juani, no tan agraciada como Loli, pero sí de buen ver y mejor pasar, la otra era Estrella de nombre, algo menos agraciada que las dos primeras, color caoba, que tampoco estaba mal para pasar la mili, color caoba era su pelo, largo y sujeto por una horquilla en la sien izquierda . Vestían con mucha sencillez. Faldas plisadas por las rodillas y rebecca de entre tiempo azules y rojas. Tengo que decir que eran muy simpáticas y amables. Las tres quizás buscaran en nosotros aprovecharse pero si así era ni les dio tiempo a ellas ni a

nosotros, pocos días íbamos a permanecer en la ciudad romana.

En las ciudades donde existen guarniciones militares - hoy todo es diferente- pero en aquella época los soldados buscaban en parques y jardines así como en paseos a las criadas y niñeras, para tener compañía pasar un rato agradable y olvidar amarguras que por varias causas produce el estar fuera del hogar familiar. Ellas también están solas en la inhóspita ciudad, no muy bien consideradas injustamente por muchos ciudadanos, por lo que aceptan la compañía de los muchachos venido de los pueblos a cumplir con sus obligaciones militares , tal como lo mandaba el régimen de entonces.

Entre esas muchachas las hay buenas, muy buenas y tan honradas como las señoritas de alcurnia que siempre se creen superiores a ellas .

Los seis nos encaminamos calle abajo hacia la plaza de España. Existían y existen dos o tres kioscos de bebidas que en el estío y primavera y otoño, es decir con el buen tiempo, sacan mesas y sillas para sentarse los paseantes a tomar algo de bebida, siempre refrescantes. En una de aquellas mesas y sillas que estaban vacías nos sentamos los seis, aceptaron las muchachas la invitación, como una de ellas era prima de uno de los reclutas lo hicieron con más confianza .

Pedimos cerveza para los hombres y refrescos para las mujeres. Los niños jugaban alrededor con una pelota y otros reclutas paseaban envidiosos de vernos en tan preciosa compañía.

Unos soldados veteranos que iban solos se acercaron donde estábamos sentados, trataron a las muchachas de zorras, seguramente las conocían de antes.

Página 7

" ¡Hola ·Estrelli i- se dirigió a la muchacha, que estaba sentada mas afuera de la mesa-- Ya están las zorras desplumando a los polluelos ¿no? Aquella ofensa la azoró. Juan Martínez se puso de pié lo mismo hice yo, queríamos partirlle la cara a aquel energúmeno, pero cerca se encontraba la vigilancia, y si formábamos un altercado terminaríamos todos en el calabozo, eso nos contuvo. . A la joven le faltó poco para llorar, quiso marcharse de allí- " nos queremos ir de aquí"- dijeron las tres doncellas, y nos miraban con ojos de suplica. No nos marchamos, y seguimos allí, Estrelli se levantó, pero Nicolás le rogó que se sentara, que aquellos tipejos no volverían a insultarla, y así fue pues los veteranos se fueron calle Santa Eulalia arriba dirección del cuartel. Aquel "incidente "nos dejó un sabor de boca amargo. Nos despedimos de las muchachas en la puerta de la Villa, , extremo norte de la calle Santa Eulalia, y nunca más las volvimos a ver, , nosotros, salimos pocas tardes, y si ellas salieron no coincidimos en el paseo.

* * *

El campamento lo montamos en la sierra de Córdoba, cerca de la estación de ferrocarril de Obejo.

Dos días estuvimos cargando el tren, con cañones, camiones , obuses y tiendas de campaña, así como otro material de guerra y campaña. Un atardecer casi al ponerse el sol , embarcamos en Mérida rumbo al campamento, la tarde era calurosa, a pesar de estar a finales de Marzo, creo recordar que era el día 29. ¡Que hermosa tarde para pasear con Loli, Juani y Estrelli...! Pero aquello quedaría muy lejos, y nunca más se repetiría en Mérida, ya que más de la mitad de aquel contingente de

tropa no regresamos a la ciudad del Guadiana.. Vestíamos un mono caqui, lleno de manchas, pringoso de la grasa de los cañones, de la cocina de campaña y de todo el material que cargamos en la estación emeritense. Se apoderó de mi la melancolía, recordaba a mi pueblo, mi padre y madre, y también aquella rubia María de los Ángeles que estaba enamorado de ella , pero por ironías de la suerte o del destino nunca llegamos a ser novios. Luego al compás del cha-ca-cha del tren, rememoraba a Estrelli y a las otras dos , Juani y la prima de Nicolás, Loli ¿ Seria verdad lo que espetó el veterano en su cara? ¿ sería Estrelli y las otras unas zorras... puede ser, pero las muchachas no lo demostraron aquel día. Silbó la locomotora, era noche cerrada, oscura, y aquel vagón donde viajábamos, apretujados y sudorosos, ya que había dos soldados mas en cada asiento de madera, y la carga humana nos hacia sudar. Por supuesto que en aquel vagón solo íbamos soldados , cabos y algún cabo primero, los oficiales y suboficiales iban en otro más cómodo y con menos carga humana.. Otra vez se me vinieron a la mente el pueblo, , Recordaba a mi abuela ya bastante vieja, que me puso una medalla para que la virgen me protegiera, a mi padre en el trabajo del campo, labrando el huerto, a mi madre haciendo las labores de la casa, a mi hermano y hermanas, la mayor trabajando en la recogida y plantación de tomates, algodón pimientos, y todo los productos de la huerta, Y i cómo no! a María de los Ángeles con su pelo rubio como el oro, aunque la verdad de cara no era muy guapa, pero estaba hermosa radiante y muy atractiva. ¿Que haría el domingo? ¿Asistiría al baile? O tal vez al pequeño cine con proyector de 16 m/m, de películas españolas que solían proyectar.

Yo el domingo estaría acostado en el santo suelo, bajo la lona de una tienda militar, a oscuras o alumbrado por velas, eso si no estaba haciendo alguna imaginaria mientras ella se divertía en el baile: Guardia al no haber jurado fidelidad a la Bandera todavía no nos nombraban.

Página 8

Toda la noche estuvimos en aquel tren, llegamos a Almorchón a media noche, para seguir la línea de Córdoba, vía con muchas curvas y túneles, ya que va por toda la sierra, por eso los cordobeses le llamaban, y digo le llamaban porque ya no circulan trenes por ella, la vía de la sierra. Medio durmiendo, medio en duermevela, arribamos a la estación de Obejo al amanecer; nos esperaban soldados de otros regimientos que habían llegado el día anterior y nos tenían preparado el desayuno: café con leche y panecillos con manteca. Eso decían- De café ..., café no sé si tendría mucho, más bien era cebada tostada y la leche algo aguada, pero nos reconfortó de la mala noche que pasamos.

“ Tenemos que descargar el tren, y montar las tiendas”- ordenaban los sargentos, cabos 1º y cabos. Un teniente que llegó en el coche de los oficiales fue para azuzarnos a que nos diéramos prisa, pues a mediodía debía y tenía que estar todo listo. Algunos protestaron entre dientes y oídos por el oficial fueron arrestados. -No hay derecho- objetó Nicolás- No he dormido en toda la noche, estoy cansado y ahora nos mandan trabajar como a mulas.. Lo oyó el sargento y, lo premió con dos sonoras bofetadas en la cara. Nadie se atrevió a decir nada al respecto.

Alonso decía que se moría que no aguantaba aquello, pero su paisano Juan Martínez lo animaba diciendo que nadie se muere trabajando, y cuanto antes acabáramos la faena mejor, luego seguramente nos darían un buen descanso.

Sudábamos descargando el material de guerra, cañones pesados, obuses, la cocina y todo lo demás. Sucios sin habernos lavado ni la cara,

pues no teníamos agua y en todo el alrededor no existía ni fuente, ni riachuelo ni manantial alguno. El muelle era de tierra y una polvareda enorme se levantaba con los pies y las ruedas de las piezas y camiones.

“ De duchas y mujeres os podéis despedir durante el tiempo que estéis aquí- , nos decían los sargentos y cabos, la verdad es que excepto los oficiales, ellos tampoco la tenían. Una vez descargado el tren no con mucho calor, pues de los picos serranos corría un airecillo bastante agradable; el sudor era por el esfuerzo realizado. Como decía, una vez descargado el tren, anduvimos más de un kilómetro, con el mosquetón, correa de munición y la cantimplora vacía, hasta la explanada donde montamos el campamento; eso sí. Era un bucólico paraje rodeado de frondosas encinas y muchas jaras. El saco petate con el uniforme de paseo y ropa interior lo llevaron en los camiones, solo no lo pusimos para la Jura de Bandera, y algún domingo libre que nos desplazábamos a algún pueblo cercano. Les pusimos con bolígrafo el nombre en la tela y así cada uno conocía el suyo. Montamos las tiendas treinta en total, y una vez todo preparado y montada la cocina de campaña, nos cocinaron un arroz con gambas, acompañada de un vaso de vino y otro de agua, de postre naranjas. La comida a las cinco de la tarde fue en la tienda que nos asignaron. La comida la trajeron en camiones desde Córdoba y, el agua de un pantano a diez o doce kilómetros en un camión cisterna. Del camión nos surtimos los tres meses que allí permanecimos. Una cantimplora de dos litros diaria, para beber, lavarnos y afeitarnos, no había más.

Página 9

A menos de un kilómetro, de donde instalamos el campamento, y a pocos metros de la estación de ferrocarril, se hallaba “ La Casita de Papel”. Que era una tasca en medio del campo, próxima también a la carretera Badajoz- Córdoba, el letrero había sido pintado en la fachada por encima de la puerta con letras negras, de caracteres latinos. Detrás del mostrador servía a los soldados, cuando los domingos y festivos estábamos libre de servicio, una mujer de unos treinta años. Era la diversión que encontramos en aquellos encinares. Los soldados más cultos bautizaron la tasca con el apelativo de “ Templo de Baco”, porque era allí donde íbamos a saciar la sed y algunos se embriagaban. Vendían en la Casita de Papel, tarjetas postales alegóricas a la mili, es decir soldados y alférez en uniforme de gala, y a su lado una señorita para los de la estrella, y una moza sirvienta para los rasos. Al menos dentro de las fatigas diarias, teníamos un sitio para esparcirnos los días de descanso. La mujer que regentaba aquella taberna, parecía honrada y se compadecía de los reclutas, y en más de una ocasión nos sacó del apuro con cosas tan sencillas como coser un roto en la casaca de instrucción, pegar un botón o prestarnos aguja e hilo para coser galones y emblemas.

En cuanto al rancho o comida era regular, cuando mejor se comía era los domingos que no faltaba la paella valenciana- eso ponía la orden del día- . Un domingo que me nombraron cocina, vi como era aquello, por cierto no muy agradable.. Era para quitar el hambre sin probar bocado. Una gran perola llena de agua, de la que el camión traía del pantano hirviendo en un fuego de leña de encina y brezos, todo al aire libre, un enjambre de moscas nos invadía por los cuatro puntos cardinales, debido a la basura acumulada de los desperdicios de pescado y a veces carne, dicho sea de paso no muy adecuada para el consumo humano, el olor era nauseabundo, y a veces te entraban ganas de vomitar aunque nos tenían preparados con vacunas. En aquella gran perola que había un hombre sentado, echaron el arroz, un medio saco

de azafrán y unos kilos de gambas de un olor desagradable. Dos soldados rancheros, provistos de dos palas de madera semejante a la de los panaderos, le daban vueltas y más vueltas hasta que los blancos granos de arroz se volvían amarillo. Luego encima le ponían aceite, no mucha, por si nos hacía daño,. Y esa era la paella valenciana, que los domingos nos servían con un chusco de pan, un vasito de vino blanco y de postre una naranja, el agua de la ración de dos litros que por las mañana del camión con un centinela llenábamos a cantimplora.

A las siete de la mañana tocaban diana. Corriendo al desayuno, café con leche y panecillos, eso era siempre igual, luego con el agua que sobraba del día anterior nos quitábamos las legañas. Y nos afeitábamos al aire libre, con brocha dura y jabón malo, y la hoja para que contar. Decía Juan Martínez que a su cuchilla de afeitar solo le faltaba hablar, porque dientes para morder sí que tenía. Todos menos Nicolás y Alonso el amargado nos reímos de la ocurrencia. Nicolás no se lavaba nunca, porque el agua se la bebía y no le llagaba para el aseo, se afeitaba no sé cómo. Siempre se hallaba triste dubitativo, y a veces mas amargado que Alonso.

“- ¿Me quieres escribir una carta?- me dijo un día.

“Claro que quiero ¿cómo no voy a querer?- le respondí.

“- No hay problema, a mi me gusta escribir, así no una si quieres dos también te escribo; una a tu madre y otra a tu novia.

--“ No sólo a mi madre, escribirle a la que fue mi novia me deshonra.

--“¡Perdona Nicolás, si te he ofendido, no quería hacerlo!

Página 10

--“No, no me has ofendido. Es más veo que eres buen compañero y amigo, te voy a contar mi vida, que es bastante triste.

Hizo una pausa y comenzó así.

“- Mi pueblo está muy cerca de Zafra, es muy pequeño y nos conocemos todos; mi padre murió siendo yo un niño, solo contaba doce años, por lo que como es lógico soy hijo de viuda. Murió mi padre en un accidente laboral, trabajaba en las canteras de la Halconera, haciendo barrenos para sacar la piedra de la cal, no calculó bien la mecha y le explotó un barreno a menos de un metro. Por lo tanto pude librarme de la mili, mi madre así lo quería, le concedieron una paga muy corta que apenas teníamos para comer. Y para mas pena lo de la puta de mi novia.

Calló un instante, bebió un trago de agua de la cantimplora y siguió.

“ Estuve novio con ella tres años, pero era yo tan pobre que nada podía darle. Y ella exigía muchas cosas. Es bastante guapa, y llegó un chulo de Zafra con una moto grande, y su padre poseía algunas tierras de labranza y una tienda de ultramarinos. Yo huyendo del hambre había marchado a Barcelona con sólo dieciocho años. Dos años estuve en Cataluña y me encontré que se había arreglado con el de Zafra; me dejó por el interés del dinero. Los lujos y el dinero que, no era una gran cosa, pero si para vivir desahogada la cegaron y todo lo que decía

que me amaba se desvaneció. Así que no quiero de ella ni escuchar su nombre.

La carta que me dictó para su madre, estaba plagada de mentiras, todo para que no sufriera- decía así.

"Madre aquí se está muy bien. Los mandos nos tratan con mucho cariño y los compañeros son todos muy buenos- esto si era verdad, al menos los de nuestra escuadra- No se preocupe por mi y cuídese bien. Es mejor que haya venido a la mili de lo contrario... no sé lo que hubiera hecho, en fin dejemos eso, . Pronto me darán permiso y la besaré como se merece, si ve usted a Andrea no riña con ella, no merece la pena, puede que de aquí le lleve una con mejores sentimientos que la haga feliz y a mí también. No la insulte Dios le dará su merecido. Bueno que le voy a poner más... ¡Ah! Se me olvidaba decirle que las comidas son muy buenas y abundantes- está fue la mentira más grande- ya que ti eran buenas ni abundantes, y menos mal que del agua nada le dijo, que si le dice la verdad, seguro que la pobre mujer no duerme en todo el tiempo que permaneció su hijo en la mili. Aunque la verdad en el cuartel todo fue muy distinto.

Finalizaba la carta con Reciba usted muchos besos y abrazos de su hijo que no la olvida. Luego en la posdata le decía que un buen muchacho le escribía la carta y que eso ya lo tenía solucionado, que ella se la diera para que se la leyera al cura o al maestro o maestra, que son los que más saben en el pueblo y te dicen la verdad.

Me dio las gracias cuando terminé el sobre a la dirección que él me indicó, y me invitó por ello a tomar unas copas en La Casita de Papel, ya que aquel día era domingo y estábamos franco de servicio. Nos bebimos casi medio litro de vino entre los dos, un vino de la provincia de Córdoba que si no era de los mejores, tampoco era de los peores. Charlamos con la tabernera, pues no había muchos clientes ya que muchos se desplazaban a Cerro Muriano o a Villaharta, supimos que era casada y que su marido era sargento del regimiento artillería 42 de Córdoba, de ahí la atención que mostraba por la tropa. No nos metimos en mas hondura, pagamos y nos fuimos a ver pasar el tren correo a la estación de Obejo que se encontraba muy cerca.

Página 11

Cuando llegamos a la tienda aunque no bebimos mucho llegamos un poco alegre con aquel cuarto de litro que de vino ingerimos. El cabo jefe de escuadra, que como dije anteriormente era un chulo, creído y poseído por los galones, que mas tarde llevaría yo, nos amenazó con dar parte de nosotros por llegar embriagados, y era mentira. Él era el encargado de repartir el rancho entre los de la tienda y siempre estaba hambriento, era muy tragón se servía el último pero calculaba la comida mal, o sea muy bien para él `porque casi o sin casi se llevaba el doble que nosotros los reclutas, y si en la perola había carne la apartaba para él con el cazo.

Ya dije que la instrucción era diaria, y si dicen que la Legión es dura, me río yo de que fuese más dura que la que nos obligaban a practicar a nosotros en el campamento. La explanada donde la realizábamos le llamaban el Llano Amarillo, y como la tierra estaba muy hollada de nuestras alpargatas y botas, se levantaba un polvo amarillo por cierto como azufre que se introducía en la garganta produciendo picor y sabor amargo, se pegaba la saliva en la garganta, y no teníamos agua `para despegarla. Cuando alguno nos equivocábamos, cosa muy frecuente por ser todavía reclutas, nos arrestaban con el

mosquetón en suspenso, hasta la vía del tren corriendo que estaba cerca de un kilómetro. Nos reventaban con pasos ligeros y movimientos.

A pesar de la dureza seguía gustándome la vida militar, cada día más cosa rara, ya que no vengo de tradición militar y sólo mi abuelo materno y mi padre hicieron el servicio militar de reemplazo obligado como yo estaba. Cuando después de la dura instrucción desfilábamos delante del coronel cantando aquella canción cuartelera que decía *Tengo una novia que es mi ilusión/ mas rubia que el oro/ en sus ojos claros me miro yo/ y ella es mi tesoro/ con su mirada me dice adiós/ cuando desfilo con la formación...* me recordaba reconfortándome del cansancio a María de los Ángeles, cerraba los ojos y veía su rubia cabellera y me la imaginaba asomada al balcón de su casa, en la calle principal del pueblo a través de las acacias y palmeras saludándome con la mano mientras yo con mi compañía desfilaba por la ancha calle.

Al romper filas extenuados y sedientos corríamos a llenar la cantimplora al camión cisterna que estaba bajo de una encina para que el agua no se recalentase mucho (caliente siempre estaba) y de un trago casi la vaciábamos, luego hasta el otro día no había. Pasado unos días estábamos de enhorabuena, nos premiaron con dos cantimploras, una por la mañana y otra por la tarde, ya eran cuatro litros de agua, era otra cosa, un lujo: todo por ser buenos chicos, eso decían.

La ropa olía ya mal, varias semanas sin lavarla, y algunos vieron hasta piojos, yo no, total que dispusieron que nos laváramos la ropa interior, y a más de cinco kilómetros, y por grupos un sargento nos llevó a un riachuelo que discurría entre dos montañas, dos picos muy altos y mucho calor en charcos con agua de color terroso, que tenía muchas libélulas y mariposas revoloteando en la flor de las jaras, nos dieron a cada uno un trozo de jabón verde y lavamos las camisas, los calzoncillos, los pañuelos y los calcetines... ¡ Que alivio...! Ahora olíamos a limpio ¡ al menos el olor y el sudor se quedaron en el riachuelo.

Allí siempre era lo mismo, instrucción mucha instrucción y por las tardes teórica. Bajo una gran encina, sentados en el suelo nos explicaban los honores y tratamientos, las partes del fusil y del cañón, la granada de mano y proyectiles, divisas y volvíamos a lo mismo la tarde siguiente `por lo que el aburrimiento era la tónica dominante..

Página 12

Una de aquellas tardes me invadía el sueño, pues la noche anterior tuve la tercera imaginaria y no dormí casi nada Y allí bajo la frondosa encina otra vez la misma machaca, que ya me sabía de carrerilla y de aburrimiento me dormí. El teniente que nos daba la teórica no era de los mejores en ningún concepto y me localizó dormido. Se daban las divisas y tratamientos a los superiores, Me despertó de una patada en las piernas, y con cara de pocos amigos me preguntó lo que estábamos dando. Yo aunque dormido escuchaba lo que era. salté de inmediato me puse firmes y se lo dije todo al pie de la letra. Torció la boca y me dijo.

“-Está muy bien pero aquí no se viene a dormir, la próxima vez no te libra nadie de un arresto. Iba a protestar diciendo que nada había dormido aquella noche pero lo pensé mejor y nada dije—para qué— puede que si protesto me hubiese cargado el arresto.

Alonso y Nicolás lo pasaban mal, peor que todos los de la escuadra y seguramente peor que todo el regimiento. “Si esto no cambia me muero. --decía Alonso. Yo intentaba animarlo con palabras de aliento,

como no te preocupes, que solo nos queda dos meses, luego en el cuartel ya verás cómo estamos mucho mejor. También Juan Martínez le daba aliento, y le contaba algún chascarrillo de los suyos que en nada le hacía que tuviese mejor humor.

Nicolás se iba adaptando poco a poco a la dura vida del campamento y Juan el Barbero que en Mérida, estaríamos mejor que en casa.

Cuando solo quedaban quince días para la Jura de Bandera, la instrucción y los desfiles fueron más duros aun, si ya lo eran poco. Caíamos en los camastros agotados. Luego las largas marchas, aunque estas eran más llevaderas que la monótona instrucción en orden cerrado, pues el paisaje era bonito, bucólico y se pasaba el tiempo antes, cantábamos la "Rubita" La Madelón, Margarita se llama mi amor, y el himno de artillería. Y otras canciones cuarteleras. Veíamos a poca gente por aquellos agrestes parajes, pero de vez en cuando surgía de entre las piedras o detrás de una encina alguna cabrerilla de 16 o 18 años guardando su rebaño de cabras, y arreciábamos más las voces para que nos mirara y la verdad que sí y se quedaba embobada viendo pasar por el polvoriento camino, aquella columna de hombres jóvenes con el fusil colgado del hombro. En los altos nos sentábamos en el suelo, tirábamos de cantimplora y nos refrescábamos la garganta. Mirando aquellos picachos de sierra Morena, a algunos se le antojaba contar alguna historia de bandoleros del siglo XIX, como la de José María el Tempranillo o otro, ensalzando a aquellos bandoleros que al fin y al cabo, no fueron más que eso malhechores en caminos y despoblados, hasta que se fundó la Guardia Civil que terminó con ellos.

Hoy nos levantamos más alegres que nunca, excepto los pocos de siempre, es día 14 de Mayo y vamos a jurar fidelidad a la Bandera. Día ansiado por casi todos. Primero por el acto castrense, que con orgullo y patriotismo íbamos a celebrar en el Llano Amarillo, engalanado con banderas y gallardete, regado el suelo y marcadas las líneas con cal blanca para el desfile. Lo segundo porque ya sí que nos queda poco, para marcharnos de aquel campamento regresar a Mérida y empezar otra vida mejor.- Mérida sería para unos, otros fuimos más lejos, como se verá.

Página 13

Después de todo siempre queda algo en el alma del hombre que da pena dejarlo, al menos a mí, claro que yo a veces, muchas veces me considero un hombre raro y es verdad que lo soy.

Allí se estaba mal, muy mal, pero sentía irme. Ya me había amoldado a aquella forma de vida y casi me gustaba.

Adiós a la Casita de Papel que fue donde pasamos algunos buenos ratos con la compañía de una botella del vino cordobés, o de donde fuera pero que nos alegraba el espíritu. Adiós a la estación de Obejo, donde los domingos veíamos asomarse a las mozas a las ventanillas del tren y saludarnos con la mano. Allí también existía otra cantina, que comprábamos postales para mandarlas por correo a la novia o la amiga, o a la enamorada sin saberlo ella, como hice yo. En el buzón del vagón correo depositábamos las cartas y tarjetas, con la convicción que llegaban antes a su destino. A veces en funcionario se asomaba a la ventanilla y nos recriminaba diciendo que en el campamento existía un buzón, que con tantas cartas al tren a veces llegaba a Almorchón y no había clasificado ni la mitad. Piropeábamos a las viajeras jóvenes, con un "Adiós guapa que estas muy buena.

Ya la vida se iba dulcificando mas, después de la jura de Bandera nos dejaban más tranquilos, hacíamos mucha menos instrucción y nos aumentaron la ración de agua, podíamos llenar hasta cuatro cantimploras diarias.

Algunas noches nos daban cine, en la pared de un cortijo a dos kilómetros del campamento que era la residencia de los oficiales. Eran películas de guerra, Raza, A mí la legión, Agustina de Aragón o la fiel infantería, aunque también nos echaron El Derecho de Nacer y Nuestra señora de Fátima.

Una noche de tormenta fuimos al cine, proyectaban el Santuario no se Rinde, no estaba la noche para cine y menos al aire libre sentados en el suelo. No llevaba la película proyectándose mucho tiempo, cuando un gran relámpago semejante a un sarmiento de vid, que dejó ahogada la pantalla del cine. A ese trueno le sucedieron mas y mas, y el pánico empezó a invadirnos, no solo a los soldados si no también a los sargentos cabos 1º y oficiales. Los truenos eran cada vez mayores, y retumbaban en los picos de la sierra como si de miles se tratara. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, a lo primero pocas pero muy gruesas como perras gordas, pero no tardó mucho en diluviar. Se produjo la estampida, y todos salimos corriendo en busca de nuestra tienda, que como he dicho distaba dos kilómetros a campo traviesa. Juan Martínez, Nicolás, El Barbero, Alonso y yo, inseparables emprendimos el regreso a campo través porque el camino no lo encontrábamos, las jaras y las retamas nos impedían el paso, ya íbamos calados hasta los huesos, pero fue peor cuando llegamos a la tienda, el agua lo había anegado todo, corría por el suelo y había mojado las camas. Tuvimos que encender hogueras, con leña mojada, teníamos frío y estábamos entumecidos. La leña ardía mal y echaba mucho humo, se nos enrojecieron los ojos y nos picaban y así sin dormir mojados y extenuados pasamos la noche.

Cuando amaneció se avivó un poco a lumbre, pero salió el sol y fue el Astro Rey quien nos secó y nos reconfortó de aquella mala noche.

Hasta aquí fue todo antes de la jura de bandera.

Dos días después fue el 14 de mayo, y antes de la ceremonia, limpiamos las botas con crema que nos dieron, y sidol para las hebillas y bombetas, los correaes eran negros y también los tuvimos que abrillantar, el traje de paseo como no lo pusimos poco estaba en perfecto estado, nos dieron guantes blancos, porque vestíamos de gala, en eso consistía la gala en los guantes blancos. Todos estábamos muy bien, de punto en blanco como se suele decir.

Página 14

Llegaron autobuses y trenes con familiares de los reclutas, madres, padres novias y amigos o hermanas, de Córdoba, de Badajoz de Mérida de muchos puntos.. familiares nuestros, es decir de Juan Martínez, de Juan el Barbero, de Nicolás Alonso y yo, no llegó ninguno, éramos los más pobres, o de entre los pobres los primeros, no disponían de dinero para el viaje, porque conocimiento de la jura si lo tenían.

A las nueve empezó la jura propiamente dicha. Una banda de música militar y la de tambores y cornetas del regimiento tocaban desde dos horas antes.

“¡Juráis por Dios, y prometéis besando con unción la Bandera....!”

“¡Si, Juramos- contestamos todos, con voz fuerte y alta.

Si así lo hacéis que Dios os lo premie , y si no que os lo demande.

yo besé la Bandera, que era el Estandarte del Regimiento, con no poco orgullo y emoción. Luego desfilamos con la música de *soldadito español* y *la banderita* de tres en tres bajo la Enseña Nacional, estaba tan emocionado que me tuve que tragar las lágrimas, y unas se escaparon y rodaron mejillas abajo.. No cabía en sí de gozo, desfilando veía a mi padre y a mi madre hermanas y a María de los Ángeles, todo imaginario, entre la multitud de madres y novias que tuvieron la suerte de ir a ver la jura de sus hijos y novios y hermanos o primos.

Y Como suele suceder en esos casos todo salió a la perfección y si alguno lo hizo mal no se notó entre tantos como íbamos bien. No en vano nos enseñaron a hacerlo hasta que caíamos reventados de cansancio. El día estuvo magnifico ni frío ni calor, radiante y para refrescarnos corría una brisa muy agradable que nos daba bríos.

Cuando rompimos filas, hubo muchos besos y abrazos, y muchos soldados y sus novias se “perdieron” por entre las jaras y retameras para darse su amor, todo tolerado por los jefes y los padres.

La comida para los pocos que comimos aquel día, ya que la mayoría lo hicieron con sus familiares en la Casita de Papel, Y como dieron tres días de permiso muchos se fueron a sus pueblos- fue mejor que nunca, paella pero de las buenas, con mariscos y de segundo plato huevos duros con tomate frito, vino del bueno, dulces de postre y un puro para después de la comida. . . .después en la Casita de Papel unos, en la estación otros y en otra tasca llamada el 42 ya cerca de Cerro Muriano completamos el día, porque también nos pagaron las sobras, como decíamos a los cincuenta céntimos que nos daban diario que los pagaban cada 10 días así que disponíamos de más de cinco pesetas, no estaba mal para aquellos tiempos y un pobre soldadito de reemplazo.

Como queda dicho nos dieron tres días de permiso para marcharnos a nuestras casas, pero nosotros los inseparables de la escuadra, no los disfrutamos, pues ni disponíamos de dinero ya que al ser permiso no oficial no nos daban pasaporte para el tren, ni tampoco de tiempo, porque tres días para Badajoz era poco tiempo, así que nos quedamos en el campamento con las consiguientes penas y mas que ninguno Alonso, que era buen muchacho pero la amargura lo hacía ya antipático. Nuestra diversión era la estación, viendo pasar a las jovencitas que de Córdoba regresaban a sus pueblos, o al revés de sus pueblos marchaban a Córdoba; era un consuelo.

Seis día solo permanecemos en el Campamento General Cascajo, ya está bien ahora a Mérida, a pasear por la calle Santa Eulalia, a intentar ver a Loli , Juani y Estrelli...i Ilusos i No fue así a Mérida no la volvimos a ver hasta después.

Página 15

De la licencia, nuestro destino seria otro, lejos de la península en el Rif en Melilla, aunque antes pasamos un mes y medio en la capital de los Califas.

El coronel nos arengó a que fuésemos buenos soldados, que la patria estuviera siempre orgullosa de nosotros, como los fueron nuestros

antepasados, que escribieron muchos con sangre la historia de España. Y terminó diciendo que solo los voluntarios y los que eligieron cuerpo, irían a Mérida, los demás ahora provisional a Córdoba luego... bueno a lo mejor tal vez a Mérida o Melilla, según las circunstancias.

Y finalizó la arenga con un ¡Viva España!

Adiós las ilusiones de regresar cerca de casa. Adiós las ilusiones de que mi madre y mi padre y hermanas, fueran a verme los domingos y me llevaran paquetes; adiós las ilusiones de pasear por la populosa calle de Santa Eulalia, y buscar a Loli, Juani y Estrelli, y si me quedaba en Córdoba que se oía que era un buen destino, uno de los mejores regimientos de España, no estaba mal, lo temido era Melilla, y a Melilla fuimos, como se verá.

Ninguno de mi escuadra éramos voluntarios ni elegimos cuerpos, así que Alonso siguió amargado, y los demás nos conformábamos con nuestra suerte- ¡Que habíamos hecho nosotros para merecernos aquello? Nada. Pero así es la vida y así la suerte y el sino de cada uno.

Dos días después nos encontrábamos en el cuartel del Regimiento de Artillería nº 42, de la ciudad cordobesa. La verdad sea dicha, aquel cuartel era buenísimo, buenas comidas mucha agua, las camas de litera con colchonetas y almohadas mullidas, y limpieza, las sábanas nos las cambiaron y eran mucho más blancas en fin una delicia. Ya nos pusimos más contentos, y lo mejor es que nos daban paseo hasta las doce de la noche. Alonso cayó enfermo y lo evacuaron al hospital militar, estaba algo enfermo pero también la tristeza de no regresar a Mérida avivó su enfermedad.

Casi siempre salía con mis compañeros, pero a veces cuando por guardias o desgana ellos no salían, me iba yo solo, no me gustaba permanecer en el cuartel y hartarme de juegos en el hogar del soldado. Me corría la ciudad, y visitaba los lugares culturales, el museo de Romero de Torres, la Mezquita, las Tendillas y también los jardines de la Victoria, la calle Gondomar y la casa de Manolete, entre otros monumentos, me gustaba la estatua ecuestre del Gran Capitán, el Ángel de la Guarda y las ruinas romanas y árabes. En fin me lo pasaba bastante bien en Córdoba. Como disponíamos de mucho tiempo, asistíamos a sesiones de cine de verano en la plaza de toros, a los soldados solo nos cobraban la mitad del precio. También a alguna novillada, aunque no soy muy aficionado al arte de Cuchares.

Los servicios eran muy llevaderos, la instrucción poca, y a decir verdad los jefes que ya cambiamos al pasar al cuartel eran bastantes tolerantes.. Se estaba también allí que casi no nos acordábamos de Mérida, ya que decían que en Mérida se pasaba la vida militar peor.

A los pocos días convocaron plazas para el empleo de cabo, de los de Mérida como nos decían nos apuntamos al curso cuatro. José Rabanal Sosa, Juan Martínez Juan el Barbero y yo. Nicolás no se apuntó por cosa obvia, no sabía leer ni escribir, y Alonso Llamazares permanecía en el hospital, tampoco se apuntaría dado la tirria que le tenía a la mili.

El examen no fue muy fuerte pero tampoco, nos dieron los galones rifados como algunos decían, consistía el examen en un dictado largo y difícil no admitiendo más que tres faltas de ortografía- yo no tuve ninguna ni José Rabanal que era mas culto tampoco- luego algo de geografía, geometría, y las cuatro reglas, los artículos del soldado y del cabo. José Rabanal fue el número 1 yo el 2, los demás de la escuadra no aprobaron y muchos más del regimiento tampoco otros si por

debajo de nosotros dos.

Página 16

A los pocos días concretamente el día 1º de agosto me dieron permiso, al único de los cinco, ... buena suerte tuve, a los otros - me refiero a los de mi escuadra.

Los dejaron para el segundo turno, pero no disfrutaron nada. La marcha a África se lo impidió.

Al toque de retreta, nos dieron licencia para marcharnos del cuartel, ya de noche. Pudimos haber dormido en el acuartelamiento. Pero era tanta las ganas que nos entró de salir de allí que pasamos la noche deambulando por la ciudad. El tren que nos llevaría a casa, por la sierra no salía de la estación cordobesa hasta las siete de la mañana del día 2 de agosto. Me uní a otros soldados del regimiento, incluso de mi misma batería, que nos conocíamos aunque como los de mi escuadra no éramos tan amigos pero sí compañeros. En el estío y en aquellos tiempos, en Córdoba había puestos de melones en las calles, permanentes pues no se iban de allí los dueños y dormían al lado en el suelo, y a veces ni dormían para que no se los hurtasen, o esperaban otra remesa que en burros y serones o carros llevaban de los pueblos de la campiña. En uno de aquellos puestos estaba de guarda una mujer de unos cuarenta años, debía de ser bastante compasiva o le guardaba cierto afecto a la tropa porque a todos los que nos acercamos a su puesto nos regaló un melón, y esa fue la cena. Un melón fresquito y muy dulce, bueno como éramos muchos, nos regaló un melón para dos que como eran grandes y gordos tuvimos más que suficiente con dos tajadas. Y le di las gracias, pero algunos ni eso, creían que por llevar el uniforme del ejército español tenían derecho a todo, como dijo un torero "- Es que hay gente p´a to.

Luego asistimos a casa de mala nota, en la calle de la Feria, calle larga y con faroles a trecho, donde las pupilas nos dejaban pasar la noche por cinco pesetas solos y diez acompañados en la cama. Yo no intente quedarme siquiera, y me salí de aquellas casas de desgraciadas que ejercían la prostitución por unas míseras pesetas para poder comer. Tampoco disponía de dinero, pues solo tenía para el tren que pagábamos el 30% del importe total. Unos cuantos con los que hice mucha amistad, y me parecieron buenos muchachos, marchamos a la estación y en la sala de espera nos acostamos en el duro suelo, hasta que abrieron la taquilla para despachar los billetes. A las 7 en punto partió el tren para Almorchón, y allí en un coche de tercera con asientos de madera. Íbamos cantando y muy contentos porque ya pronto aquel mismo día llegaríamos a casa, abrazaríamos a los nuestros y veríamos a nuestras enamoradas. Yo iba con ilusión de ver a María de los Ángeles y decirle si había recibido la postal que desde campamento le envié con un soldado y una criada uniformados y un poema al reverso.

En la estación de Peñarroya subió al tren una mujer de unos 30 años, y fue a sentarse en el departamento nuestro. Alegre compañía, era guapetona y muy abierta de genio, dicharachera, y muy simpática. Nos preguntó si conocíamos a un artillero, sobrino suyo, pero estaría en otra batería porque no lo conocíamos ninguno. Uno conocía a una vecina suya, y fueron charlando hasta que la mujer bajó en la próxima estación, antes de bajar nos obsequió con una amplia sonrisa y un caramelo para cada uno de los que compartíamos el departamento. Aquella mujer, seguramente casada, nos alegró parte del viaje, y nos endulzó el paladar, cada vez íbamos más contentos. El calor era

insufrible más de 40 grados marcarían los termómetros aquel día, y ni el aire que entraba por las ventanillas con la marcha del tren paliaba el calor. ¡Pobre maquinista y fogonero! Que calor llevarían al pie de la boca de la caldera, ya que los trenes de entonces eran arrastrados por locomotoras de vapor y para calentar el agua lo hacían con carbón mineral y a veces con tocones de leña.

Página 17

A la una llegamos a la estación de Almorchón, sudorosos y sucios. Estuvimos esperando el tren que de Madrid iba a Badajoz tres horas. Comí un bocadillo de tortilla en la cantina de la estación con un vaso de vino, que me costó tres pesetas, ya solo me quedaban dos de las cinco con las que salí de Córdoba. Bebí agua calentona en un grifo que había adosado a la pared. El agua era fina, de la sierra, si no hubiese estado tan caliente sería deliciosa, el calentamiento se debía que no llegaba directamente del manantial, antes pasaba por el depósito de las máquinas.

Muchos de los compañeros se quedaron en aquella estación esperando un coche de línea para sus pueblos, especialmente los de la llamada Siberia extremeña, otros iban a Cabeza del Buey, total que menos de la mitad embarcamos para Badajoz, o mejor dicho dirección Badajoz, pues a la capital llegaron pocos.

Ya en mejor tren pues era el correo, cinco horas más tarde arribé en la estación de Guadiana del Caudillo, y de allí a Alcazaba, donde vivía. Nadie me esperaba pues a nadie le comuniqué que llegaría. Le pedí una bicicleta prestada a un amigo, y media hora después cuando el sol ya se había puesto y la noche iba tendiendo su negro manto entre por las puertas del pueblecito.

María de los Ángeles vivía en la primera casa del pueblo, por lo que me vio entrar la primera, con mi traje caqui, mi kepi y mis bombetas doradas adornados los brazos con los galones rojos de cabo, iba yo alegre y contento, pero ella se escondió en su casa y cuando yo entraba en la mía, fue a correos y como era amiga de la cartería, retiró la carta que al cuartel me escribió. No tuve respuesta o sea no la recibí, ni a ella tampoco la pude ver pues marchó a otro pueblo que tenía un familiar.

El recibimiento que mi padre me hizo y mi madre, fue especial lloraron de alegría, igual que mis hermanas hermano y abuela.

“ - ¡Hijo!- me decía mi abuela- con el traje militar todo te pareces a tu abuelo ¡Ay! si te pudiera ver! – pero mi abuelo hacía dos años que había fallecido., se conservaba una fotografía de cuando hizo el servicio militar en Ronda y era muy guapo y apuesto.

Aquella noche fue una de las alegrías más grande que le di a mi familia, y cenamos especial pues mi madre mató un pollo del corral, y mi padre fue a `por cerveza al bar y juntos comimos invitando a los vecinos. Mis primas Catalina y María del Carmen también estuvieron, así como mi tío Agustín y su mujer Ángeles

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Página 18

Capítulo 2

Como es de suponer los pocos días que disfruté de permiso, fueron alegres, pero...ifueron tan pocos...!

Entre a trabajar en una empresa que realizaba obras para la canalización de las aguas sucias, y me puse muy contento, porque ganaría algún dinero que no me vendría mal en el cuartel,

El verano era muy fuerte, en Andalucía y Extremadura los termómetros subían a más de 40 ° sobretodo en Córdoba, Sevilla y Badajoz, pero las tardes eran agradables y una vez que dejaba el trabajo me iba con los amigos al único bar que existía en el pueblo a jugar a las cartas, y ver la televisión aunque todavía en pañales daban programas muy entretenidos y no malas películas de la época. También en el cine o bailes, pero como dice el refrán poco dura la alegría en casa del pobre. Yo le dije a mi madre que no se preocupara pero que era muy difícil que retornara a Mérida, y que en Córdoba se pasaba muy bien, pero... se oían rumores de que nos llevarían a Melilla. Como es de suponer mi madre se puso muy triste, y le rezó a la Virgen y le encendió velas para que eso no ocurriera, pero de nada le sirvieron.

Llevaba solo 12 días de licencia, cuando una tarde se presentó en mi casa preguntando por mí una pareja de la Guardia Civil. Yo no estaba en casa y mi madre se asustó. Un guardia le dijo que no pasaba nada ni había hecho ninguna cosa mala, solo que habían recibido una orden del Regimiento Artillería 42 de que en 24 horas me presentara en dicho regimiento.

Esto alarmó más a mi madre que rompió a llorar, pues ya me veía pegando tiros en Melilla. Los guardias la consolaron diciéndole, que no se apurase que en la mili llaman a uno por cualquier tontería, quizás ellos lo supieran pero nada le dijeron.

Cuando mi madre me dio la noticia exclamé.

"- ¡Vaya, ni 20 días de permiso te dejan disfrutar, y no con buenas ganas hice el petate, para marchar por la mañana en el correo de Madrid, como siempre hasta Almorchón y tomar el tren de Córdoba que llegaba al anochecer, casi pasadas las 24 horas, pero estaba justificado por la combinación de trenes y no me arrestaron.

Al llegar al cuartel Nicolás y Alonso estaban en la puerta, habían llegado del paseo diario, las caras largas avinagradas con muestra de disgusto y preocupación.

"- ¿Qué pasa?- les pregunte, a la vez que le tendía la mano.

"-¿Que que pasa! Respondió Alonso más amargado que nunca, pues le acababan de dar de alta de su enfermedad, dos días antes.

"- Pasa que ya no vamos de permiso, los han suspendido y vamos derechos a Melilla, ya nos lo han dicho. Según se oye los moritos se han puesto farrucos y aquella parte necesita más tropa, y como tenemos tan "buena suerte" nos ha tocado a nosotros.

"- Que le vamos a hacer Alonso, paciencia.

"- Si, pero tú ya has disfrutado algunos días de permiso, pero nosotros desde que nos incorporamos en Badajoz, nada todavía no he visto ni a mi madre ni a mi novia.

Llevaba razón.

Al día siguiente por la mañana nos acuartelaron. A mí y a los que regresamos de permiso nos entregaron el material, y armamento, una pistola del 9 largo, una tienda de campaña individual, un plato bollado de aluminio cuchara y tenedor como en campamento, un casco de guerra un fusil más moderno y toda la munición precisa.

En la estación esperaba un tren militar cargado con las piezas de artillería nosotros esta vez no cargamos nada, todo lo cargaron otros, los veteranos próximos a licenciarse.

Por las calles de Córdoba caminábamos hasta la estación a paso de maniobra, parecía que marchábamos a la guerra, tal vez fuera verdad,. Las mujeres nos compadecían, y alguna madre cordobesa lloraba detrás de nosotros. Tristes y sudorosos, sucios también por el calor y el material, ya no cantábamos, íbamos ensimismado, pensando cada uno en la familia. Yo como cabo formaba delante de la escuadra, a mi lado un sargento de nombre Cantero, de lacios bigotes marchaba también cabizbajo, dejaba atrás a mujer e hijos.

En la estación había una banda de música militar. ¿Para qué sería? Lo supimos al momento, porque empezaron a tocar el soldadito, el himno de artillería y el himno nacional. Una vez subidos todos en el tren, vagones de tercera pero más confortables que los de la primera vez, o sea de Mérida a Obejo. Arranco el tren resoplando la locomotora, y al amanecer llegamos a Málaga.

El desayuno no lo dieron en el puerto, donde en un tinglado estaba el cuerpo de guardia, provisional claro, y allí en el suelo duro de cemento con una manta tuvimos que esperar cuatro días hasta que embarcamos rumbo a Melilla.

Nos dejaron salir por la ciudad, vestidos con el traje de campaña, sucio y algunos rotos, la única regla que nos pusieron, es que en lugar del casco llevásemos el gorro cuartelero que era de borla estilo italiano. La verdad es que la población civil nos rehusaba, se desviaban para darnos paso, pero no precisamente por deferencia, o eso creo yo aunque... En los tranvías urbanos montábamos de balde, no nos cobraban nada, y también a veces entablábamos conversación con los usuarios.

En una parada del tranvía de la Avenida del General Franco, por entonces (hoy no sé cómo se llamará), al bajar vi subir a una joven enlutada, era una tal Margarita, que en el viaje de regreso del permiso montó en Valsequillo, y le dimos entre todos de comer, porque no llevaba comida alguna. Me pregunte si sería otra pues existen muchas caras iguales. Pero era raro que también llevara riguroso luto como la otra. Sentí una cosa extraña por mi cuerpo ¿ Me habré enamorado de la enlutada? Tontería; si ni siquiera la conozco. Claro que era guapa, muy guapa, morena, alta con un cuerpo de Venus y ojos profundos , vamos según se los vi en el tren.

Y... llegé el día de embarcar. El barco se llamaba *Plus- Ultra*, era de la compañía Transmediterránea, alquilado por el ejército para transportar tropas, al ponerse el sol embarcamos, ya los huesos los teníamos molidos de dormir con una manta bajo el cuerpo y vestidos, nos afeitábamos en un grifo con agua medio salada y allí nos lavamos la cara y manos, el rancho no lo llevaban en un camión desde el cuartel de Capuchinos de Málaga, por eso deseábamos de embarcar y llegar a Melilla, para ver cómo era aquello. Unas veces creíamos que nos llevarían al cuartel y nos animábamos nosotros mismos, pero otras veces entraba el desanimo al habernos provistos de linternas de petróleo. Nadie sabía nada, nadie nos aclaraba nada.

¡Que noche, la de la travesía! Doce horas empleó el barco en salvar la distancia entre Málaga y Melilla. Nos metieron en la bodega, o en cubierta, donde nosotros quisimos, al final optamos por las dos cosas, unos arriba y otros abajo. Los camarotes para los oficiales y los más inferiores para los suboficiales, los jefes incluido el coronel se quedaron en Mérida.

Página 20

De la bodega cuando el calor era excesivo subíamos a cubierta y cuando hacia fresco bajábamos a la bodega y así estuvimos toda la noche. En cubierta divisábamos lucecitas en medio del mar y nos

parecían islitas, pero eran las barcazas de los pescadores, de Málaga y Melilla que se adentraban mar adentro, según los expertos en estas faenas.

Había luna llena y veíamos saltar nítidamente a los delfines que seguían el Plus-Ultra. Pasamos por unos promontorios de tierra con escasa vegetación- nos informaba José Rabanal que era el más estudiado y por consiguiente el más culto que aquella montañita era la isla de Alborán.

Y a las nueve de la mañana llegábamos al puerto melillense con mucho sueño y entumecidos.. Nos recibieron los legionarios y regulares, se veían moros con la chilaba y el fész rojo cónico, merodear por el muelle, tenían pinta de mendigos estafadores y gente de mal vivir. Los legionarios les conminaban a que no se acercarse a nosotros, unos hacían caso, pero otros como si no oyeran. Entonces un legionario se encaró con uno que se acercaba demasiado a nosotros.

"- Eh paisa- le decía el legionario- atrás, no quiero que te acerques mas así que largo- le señalaba con el dedo índice el camino a seguir, pero el moro no le hacía caso.

"- Yo ser amigo de España- objetaba el magrebí, sin inmutarse por las advertencias del legionario, y quiero ayudar.

"- Ni un paso más y largo he dicho.

El moro siguió sin hacer caso y lo lamentó porque el legionario le propinó un puntapié en el sitio que más duele, que lo hizo doblarse, y quedó tendido en el suelo de dolor, dando alaridos.

Acudieron más legionarios que vieron que aquello podía tener consecuencias pues también se acercaban moros amenazantes. Llegaron oficiales legionarios y los nuestros. Arrojaron entre todos al legionario que le propinó la patada y lo metieron en un coche militar que allí estaba y se lo llevaron al cuartel, no ocurrió nada mas, al moro lo levantaron los suyos y pronto quedó aquello limpio de magrebíes. No sé si el legionario obró bien o mal, pero creo que estaba allí para impedir que nos robaran o timaran o quizás peor nos vendieran drogas.

Nos llevaron al cuartel de artillería número 9, tuvimos suerte y no fuimos a ningún campamento aunque más de una vez teníamos que permanecer diez días en el monte del Gurugú que era primera línea.

Ocupamos uno de los dormitorios peores y sucios del cuartel, los buenos si alguno existía lo tenían cogido los que eran del regimiento, nosotros fuimos agregados, las camas eran de a tres con colchonetas rellenas de guata, y todo muy estrecho, el traje de paseo tenía que permanecer en el petate arrugado y el correaje colgado de la cama, la gorra para que no se deformara, en un clavo que existía en la pared encima de la cabecera de la cama, y allí colgábamos las tres gorras de los tres que dormíamos en las literas unos encima de otros.

La vida allí era dura, en Rostrogordo estaba el campo de instrucción y tiro a las afueras de la ciudad por el cabo Tres Forcas , y como al general que mandaba la plaza le gustaba la infantería, todos practicábamos esas guerrillas propias de dicha arma pero no de artillería. La comida unas veces era buena, otras regular y otras mala, el agua mala pero no era como en campamento que la teníamos racionada, allí aunque no la despilfarramos había suficiente, aunque también en los grifos pusieron centinelas para no abusar del preciado líquido.

Una cosa buena si teníamos que para salir de paseo no ponían muchas trabas, a veces no pasaban ni revista, y las revistas eran protocolaria, nada rígidas.

En la legión había un teniente que era del pueblo donde nací, y me presente a él, con el debido respeto. Me dijo que donde no hubiera gente que le tuteara pues él conocía bien a mi familia.

Al día siguiente por la tarde me presentó a Rocío, una muchacha sevillana muy salerosa y nos hicimos muy amigos. Era amiga de Margarita, las dos criadas y pasábamos muy buenas tardes por el parque de Melilla, otras veces asistíamos al cine, el Victoria que era el más barato y a los soldados y cabos nos hacían mucha rebaja, la mitad del precio de la entrada. Me hice novio de Margarita, y muchas tardes me llevaba un bocadillo, que escondía entre sus braguitas para que me lo comiera lo escondía para que no lo viese la señorita con la que trabajaba. Rocío estaba enamorada de un cabo alto y apuesto y aunque el teniente le pedía relaciones ella se las negaba,

Pero no estaría mucho tiempo gozando del amor y los bocadillos de Margarita por el momento, ya que me nombraron subir 10 días al monte Gurugú con otros seis soldados mas, ya dije que era cabo y me nombraron jefe de aquel destacamento. Entonces Guillermo que este era el nombre del teniente se quedó con las dos.

El teniente las conoció una tarde en un cafetín del puerto, se las presento el cabo Rabanal, que a la vez también las conocía de otro de los paseos y Rocío se enamoró de él, ya he dicho que era alto , apuesto y muy culto, aunque la vida militar no le iba.

Pero al cabo Rabanal le nombraron un servicio en el que con otros cuatros soldados escoltarían un barco cargado de armamento y materiales del ejército a la península desembarcándolo en Málaga.

Y Guillermo quedó completamente solo con Rocío y Margarita, ya que Rabanal permanecería otros 10 días fuera de Melilla como yo. Pero tuvo mala suerte, pasó algo que solo voy a mencionar Una vez que llegaron a Málaga cogieron un tren y marcharon a sus pueblos y como regresaron después de lo previsto los metieron en el calabozo.

En el Gurugú era la vida muy dura, sólo eran diez días pero a marcha forzada y en peligro de algún ataque de los rifeños. Era aquel destacamento el peor de todos, la comida no la llevaban en un camión hasta donde podía subir luego nosotros teníamos que ir a por ella y llevarla a la tienda, llegaba fría desecha era mala se puede decir que bazofia, luego el agua también la teníamos racionada, que la llevaban en otro camión. El correo cada seis o siete días.

Porque aunque recibíamos correspondencia diaria, las cartas iban al cuartel, y unas veces por que se le olvidaba al encargado de llevarlas al destacamento, otras porque el cabo cartero las demoraba, total que cuando se acordaban no las llevaban ,hubo soldado que en todo los diez días recibió una carta, y luego se las dieron todas al menos seis en el cuartel que las tenía en su taquilla el cabo de cuartel, claro para repartirlas y dárselas al que subía al monte, pero se le olvidaba.

Nicolás recibió una carta de su madre, en la que le comunicaba que Andrea se casó con el de Zafra, y le afectó tanto que no ponía cuidado en nada, es más le dio por la bebida, y más de una vez durmió en el calabozo por embriagarse.

Juan el barbero se enchufó con los oficiales de peluquero y barbero, por lo que lo rebajaron de servicio y tuvo la suerte de no subir al Gurugú ni hacer guardias de aquellas peligrosas de Horcas coloradas (el polvorín) ni en el fuerte de Rostrogordo (prisión militar).

Página 22

Un día después de que bajamos del destacamento que fuimos relevados por la Legión, me acerqué a un bar que estaba frente al parque de Melilla, se llamaba el bar " El Caballo Blanco", y allí me encontré a Nicolás, borracho, con la gorra tirada en el suelo y desbrochada la guerrera, estaba echado sobre una mesa y parecía dormir..

Le eche la bronca, le puse bien la guerrera y el gorro y quise llevarlo al cuartel antes de que la vigilancia lo localizara y lo arrestara. No se quería ir conmigo.

"- Déjame- decía Yo me se cuidar solo, además tú también eres de los mandos de los que están en contra nuestra, si estoy borracho es con mi dinero.

No le hacía caso a las palabras, algunas insultantes ,sólo quería llevármelo de allí para evitarle el calabozo, al fin logre sacarlo del bar, lo llevé como pude al autobús urbano que paraba en la puerta del cuartel, y allí lo entre mintiéndole al oficial de guardia, de que le había dado un mareo, pues lo llevaba cogido por un brazo. El oficial era un alférez de complemento, y no quiso investigar nada, en seguida supo lo que tenía y se metió en su despacho sin más. Lo libré de un arresto seguro, y ya era reincidente.

* * *

Una tarde otoñal del mes de octubre (digo otoñal porque hacia sol suave y agradable), cuando el sol está `próximo al ocaso y el viento suave se levanta del mar, me encontraba paseando solo por la Avenida del General Franco (entonces). Tres días antes bajamos del Gurugú, por lo de ahora tardaría en subir otra vez, había muchos regimientos que nos relevaban y hasta que todos dieran la vuelta no íbamos otra vez, quizás ya no me tocara mas, se verá.

A veces me gustaba pasear solo, los jardines me gustan mucho, y de la Avenida me fui al parque, prefería estos lugares mejor que las tascas y otros sitios no muy recomendables, entenderán. El parque no estaba muy concurrido, no es que se encontrara desierto pero tampoco había mucha gente como era habitual, sobre todos criadas soldados y niñeras . Pero diseminadas se veían algunas. Yo miraba a un lado y otro del ancho paseo entre palmeras y arriates verdes, cuando en un banco divisé la figura de una mujer vestida de negro pero sin velo, era Margarita, que ya se lo había quitado.

"- Hola Margarita ¿ Cómo estás tan sola?- le dije con un poco de chanza
"- Mejor sola que mal acompañada- me respondió.

Paseamos una hora y me contó que Guillermo acosaba a Rocío constantemente pero que ella no le hacía mucho caso, pues como sabía estaba enamorada del cabo alto compañero mío, y tenía miedo a que pudiese pasar algo, ya que el teniente valido de sus estrellas, amenazaba a Rabanal que la dejase. Pero Rabanal que ya había salido del calabozo, le dijo al legionario, que de eso nada, que era ella la que tenía que decidir. Si ella lo quería, se iría con él, pues también él quería a Rocío.

En fin aquello estaba liándose. Yo cuando regresé al cuartel, me dieron otra sorpresa, no muy agradable. Al día siguiente con cuatro artilleros, tenía que embarcar en un barco militar, con otro cargamento de armas y material de guerra para Málaga, y de ahí por tren hasta Córdoba, pues sobraba material viejo en Melilla y aquello pertenecía a Córdoba.

Por la tarde nos presentamos en el puerto para embarcar en aquel barco, que estaba cargado en demasía. Yo era el encargado de todo. La tripulación sólo de la navegación como es lógico, pero el responsable del material era yo.

Página 23

En el ejército se ven cosas raras y absurdas, un simple cabo como yo era, al cargo de tan importante transporte. ¿Es que no había Sargentos? O brigadas o tenientes. Sí, claro que los había pero se quedaron en

tierra, no lo sé porque, y en la vida militar las órdenes no se discuten.

El mar estaba un poco revuelto. Era por la tarde, y el capitán del barco no sabía si llevar anclas o esperar. Por fin decidió despegar. El mar en el puerto estaba rizada, pero en cuanto salimos a mar abierta las olas eran más grande de lo que creíamos. Estuvo a punto de volver a puerto, pero no lo hizo, y quizás conociendo el Mediterráneo creyó que aquello amainaría. Pero se equivocó.

No tardó mucho en oscurecer y entonces todo se hizo más tenebroso. Relampagueaba por el horizonte y las olas jugaban con el barco como si fuese una cáscara de nuez en una bañera a la que un niño le echa agua jugando. Empezaron los mareos. La tripulación se mostraba tranquila, pero los soldados se marearon y yo también. A pesar de ir mareado me daba cuenta de todo, y noté que la tripulación y el capitán habían perdido la calma. Las olas barrían la cubierta y los relámpagos y truenos y el rugir de las olas ensordecían todo. La única mujer que iba a bordo era la señora del capitán. Este decía que se había equivocado, que nunca creía que un mar tan pacífico nos jugara aquella mala pasada. Pero así era, y para más INRI una ola fuerte hizo estremecer el barco a la misma vez que la cadena del timón se rompió, por lo que navegábamos a la deriva.

Yo iba tendido en el suelo cerca del camarote del capitán. En él se veía por los cristales de la ventana una imagen con la Virgen del Carmen, con flores que algunas rodaban por el suelo.

Entonces vi una cosa extraña, o tal vez fuese corriente entre aquellos lobos y loba del mar. tanto el capitán como su mujer se arrodillaron enlazados para no rodar por el suelo por el ímpetu del mar, y rezaron a la Virgen del Carmen y se santiguaban constantemente. Estábamos extraviados en medio del mar, no sabía dónde nos hallábamos, la brújula marcaba como siempre el norte, pero que norte el de Málaga el de Almería o cual?

El capitán lanzaba mensajes S.O. S. pero no recibía contestación, La radio del barco no se había estropeado, ¿qué pasaba? La noche le dio paso a un día espléndido salió el sol y no quedó ni rastros de tormenta, el mar como una balsa de aceite, navegaba el barco sereno, pero ¿rumbo a donde? Por fin se recibió un mensaje en contestación a nuestro S.O.S., estábamos muy cerca de Orán, a tiro de cañón.

Pero los argelinos que habían logrado su independencia el yugo francés, no se fiaba al contestar el capitán que era un barco cargado con armamento y material de guerra español, que debido a la tempestad de por la noche, se había roto el timón y navegábamos a la deriva.

Le respondieron que anclara el barco que enseguida iban a inspeccionarlo y a arreglar la avería.

El capitán hizo caso a lo que le ordenaban, y media hora después llegó una motora con un inspector militar a bordo, y dos mecánicos y varios soldados armados. Inspeccionaron el barco, le pidieron la hoja de ruta que el capitán le mostró muy complacido y los mecánicos arreglaron el timón soldando el eslabón de la cadena que se había roto.

En lontananza se divisaban los minaretes y las torres de Orán, y la niebla que produce las ciudades populosas, que se extiende por todos el cielo de la orbe.

Pusimos rumbo (lo puso el timonel claro) rumbo a Málaga y 14 o 15 horas después llegábamos al puerto de La malagueta en la capital andaluza.

Página 24

Antes de seguir adelante tengo que aclarar, que bien porque la Virgen nos escucho, ya que todos rezábamos en silencio, o que las fuerzas de los elementos se cansaron, en cuanto terminamos de santiguarnos, dando por finalizado el rezo cada uno a su manera, el

mar se calmaba por segundo hasta que una hora más tarde se convirtió en una enorme piscina de tranquilas y sosegadas aguas.

En Málaga nos esperaban para desembarcar el material una sección de soldados, ya sabían lo que nos había ocurrido, ya que captaron en el puerto de Málaga y Melilla los S.O.S., cosa rara que a la radio del barco no llegaran.

Nada tuvimos que hacer allí, el oficial que mandaba a los descargadores, me dijo, una vez que me presenté a él con el debido respeto, dándole la novedad, que nos fuésemos al cuartel de la Trinidad de infantería, donde nos tenían preparadas unas duchas y una comida, que una vez limpios y comidos existían en el botiquín seis o siete camas libres, que descansáramos allí, pues por la noche una vez cargado el armamento y material en un tren de mercancías, solo para ello, debía y era mi obligación según dispuso el Gobierno Militar de Melilla, que lo llevásemos a Córdoba, donde en dicha estación nos esperaban camiones con soldados para la descarga y traslado al almacén del Regimiento Artillería número 42.

Una vez limpio, lo que nos vino casi mejor que comer, y el descanso, por la noche montamos en un vagón de mercancías y en el suelo del vagón con una cama improvisada de paja que encontramos, pasamos la noche, Al amanecer estábamos en Córdoba. Allí ya le entregué el material y armamento a un teniente que me recogió los papeles y me dio el recibido con su firma y el membrete del regimiento. También me entregó un pasaporte colectivo para cinco personas, hasta Málaga, en un coche de tercera, y otro de la compañía Transmediterránea para embarcar hasta Melilla, este en cubierta. Nos dijo que nos podíamos marchar a donde quisiéramos. Hasta el otro día por la noche que cogieramos en expreso Córdoba Málaga (siempre viajábamos de noche), pero ¿ dónde ir? El tiempo era poco para dar una vuelta a casa, el dinero menos. Así que decidimos quedarnos en el cuartel, allí dormir y comer, aunque todo el día pasamos por Córdoba. El regreso a Melilla, fue de lo más normal que se pueda imaginar. Llegamos por la mañana A Málaga y por la tarde embarcamos en el Virgen de África, y al cuarto día al amanecer, en el puerto melillense, una hora más tarde, le daba la novedad al oficial de guardia, y le entregaba el recibí del teniente que se hizo cargo de la mercancía.

Nos dio la enhorabuena, el capitán quiso que le contase que nos había sucedido; se lo conté con naturalidad y me dijo, que éramos unos valientes que lo tendría en cuenta. Con lo único que me premiaron fue con un pergamino al licenciarme como el tercero mejor del Regimiento, el primero fue un alférez de complemento no sé por qué el segundo un cabo 1º que tuvo una escaramuza con rebeldes rifeños en el Gurugú y defendió bien la posición, el tercero por el viaje yo , para los demás que hicieron tanto como yo, o mas no hubo ni mención. Y es que en el ejército está visto que las estrellas y los galones, son los que figuran.

* * *

Mientras esto me sucedía a mí, ¿ qué pasaba con Margarita y Rocío, el apuesto cabo artillero, y el chulo teniente de la Legión? pues que los dos querían a Rocío, y Rocío a los dos les daba esperanzas. Pero en realidad de quien estaba enamorada era de José, aunque Guillermo por su paga y sus estrellas más que otra cosa también le gustaba.

Página 25

Una tarde de invierno, fría y ventosa, aunque en Melilla el frío no es muy intenso, pero el reglamento mandaba ir con el abrigo largo (capote), y así paseaba. En el parque me encontré a Margarita, le dije que que pasaba y me dijo que nada bueno.

Yo me he enamorado de ti, Margarita y como nosotros no tenemos

nada, podemos casarnos el día de mañana.

"- Cuando tú te marches a tu pueblo, se te olvida, la mili, Melilla Margarita, el día que nos vimos en el tren hacia Córdoba, el día que baje del tranvía en Málaga, y el día que me pedistes relaciones aquí mismo.

" - No lo creas, yo te quiero Margarita, y estoy dispuesto a volver aquí y llevarte conmigo.

Pero ella no se lo creía y así era, yo para ella era lo que ella para mi, un pasatiempo de mili, un pasatiempo de criada, así se pasaba en aquella lejana tierra mejor el tiempo, hasta que cada uno regresara a su tierra.

- Insistí que había entre Rocío y José. Apreciaba a este muchacho, y el teniente era de mi pueblo, no de Gadiana sino de Fuente del Maestre, que es el pueblo donde vi por primera vez la luz del mundo.

Me dijo que el teniente no cejaba, le oyó decir que un simple cabo no se iba a reír de un oficial y menos de la Legión, y que si no era para él no sería para el otro. Aquello era un desafío.

Y José aceptó el reto. Según me dijo Rocío, se habían desafiado a navaja en las traseras del depósito de agua allá por el barrio del Real.

- ¿Y tú, no hiciste nada para evitar tal desatino? Porque eso es un desatino. Los legionarios son diferentes, no digo que sean mejores ni peores que nosotros, pero llevan otra vida y les da igual todo, son valientes, eso no se puede dudar, pero también son temerarios, y ya digo diferentes a nosotros.

"-Lo intenté. Hable con los dos, les dije que no hicieran tal barbaridad, pero los dos me respondieron lo mismo.

"- ¿qué te dijeron?- pregunté impaciente aunque sabía la respuesta que me iba a dar. En mi paisano Guillermo, yo sabía que era un cabeza loca, siempre en el pueblo fe un bala "perdía " Estudió en Villafranca y no se le daban mal los estudios, pero luego lo estropeaba todo con sus calaveradas. Se llevaba muy mal con su padre, que era un labrador de los que poseían varias fanegas de viñas y olivos, pero tampoco quiso hacerse cargo de la hacienda que le daba su padre, ya que era hijo único, tuvo varios altercados. La Guardia Civil y la guardia municipal lo tenían en el punto de mira , pues era raro el día de fiesta o domingo que no hacia alguna, embarazó a una muchacha a la que pagó con dinero, debido al hambre que padecía, y una buen día o malo, se cansó de las aventuras del pueblo y se alistó en la Legión, como tenía algo de estudios, llegó a teniente en poco tiempo y aquí lo tenemos desafiándose por la muchacha sevillana con José el apuesto cabo de artillería.

"- Me dijeron que ya no había solución que uno u otro quedaría en tierra. Pues a decir verdad los dos son orgullosos y tercos- apostillo Margarita.

"- Y valientes. También los dos son valientes.

Nos despedimos ya era la hora de regresar yo al cuartel y ella a casa de su "señorita" por cierto que ella se despidió medio llorando por no poder impedir aquella riña que tendría lugar el domingo por la tarde, en un sitio solitario.

Página 26

Aquella noche no pegué un ojo, pensaba en los dos y daba vueltas y más vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño.

Por la mañana cuando dispuse de un poco de tiempo libre busque a José por el dormitorio. Estaba serio y pensativo, preocupado por el asunto que se le planteó, ya no solo era el amor de Rocío que sí, que de verdad la quería, pero también era el honor de su persona , incluso del cuerpo era todo lo que le obligaba al desafío. No era un duelo entre caballeros, los duelos estaban prohibidos, y ellos en sentido de aristócratas no eran caballeros, aunque si personalmente.

"- No vayas José- le decía yo tratando de disuadirle de aquel descabellado acto.- No ves que él está más acostumbrado a las peleas, no es la primera, además los legionarios son más veteranos saben mejor manejar las armas.

"- No se trata de ningún arma, es a simple navaja.

"- Como los bandoleros, como la gente de mal vivir i No vayas José! No merece la pena perder a lo mejor la vida, en manos de un desalmado, por una mujer, que tampoco la conoces a fondo.

"- Es el honor. Si no voy creerá que le tengo miedo que soy un gallina, y yo jamás soy un cobarde. Así Juan no te canses la suerte está echada.

"- Voy a dar cuenta al capitán para que te arreste, y así evito este destino.

"-No lo hagas, de nada servirá. Si no es el domingo será otro día, y si lo haces pierdes un amigo. Si me pasa algo, di siempre que he sido un valiente.

No insistí más. Era terco como dijo Margarita y nada iba a conseguir. Cuatro días faltaban para el domingo, y en ese tiempo no salimos del cuartel. Había trabajo, teníamos que realizar prácticas de tiro, y habían llegados los voluntarios que eran bastantes y les enseñábamos la instrucción, el manejo de las armas a saludar y todo lo que conlleva el ejército español.

Hablé poco con José , es más note que me rehuía, como si no quisiera que le sermonease más del caso y por fin llegó el domingo. Los veteranos excepto las guardias no teníamos servicio y ni el tubo guarda ni yo tampoco, me llegué a enterar que si le nombraban guardia, la cambiaria con el cabo Rodrigo, que para esto era muy servicial.

Salí solo, pues no quería tampoco llevar a nadie, ya que pensaba desplazarme al barrio del Real, al depósito de aguas donde estaba prevista la descabellada pelea, para intentar que desistieran de las navajas, y se pelearan a puñetazos, o mejor que no lo hicieran y se dieran la mano.

En la Avenida del General Franco (entonces) me topé con los cuatro ¿ raro? Verdad que sí. Margarita iba en medio Rocío al lado de ella, El Teniente con Rocío y Margarita con José. Las muchachas le decían que se dejasen de tonterías, que por una simple criada no se iban a matar dos hombres de honor. Esto lo escuché de labios de Margarita, mi amiga insistía para que cesaran en su empeño de matarse.

"- Hola Juan- dijeron casi al unísono las dos muchachas al verme. Se pusieron contentas. Ellos nada dijeron.

El teniente me miró sonriente, seguro de sí mismo y ufano de que Rocío prefiriera a él, pues desde que faltábamos al paseo, por el trabajo y los desplazamientos, y también el arresto de José, Guillermo casi tenía convencida a Rocío que fuera su novia,. La muchacha se encontraba entre dos aguas. Era de esa clase de mujeres que no saben decir no a los hombres y, yo creo que puesta a elegir se quedaba con los dos, si eso fuera posible. (En aquellos tiempos no lo era)

Página 27

Saludé a las muchachas y le dije a los dos contrincantes.

" - Es una vergüenza, que dos caballeros se peleen y menos a navaja como bandidos. Usted es teniente y debe evitarlo, mejor que un simple cabo. Siempre le hablaba de tu, pero ahora no apeé el tratamiento para ver si razonaba.

De pronto miró a Rocío como si la fuera a fulminar y dijo-

"- Nunca creí que fueses tan zorra. Eres una puta, nos has engañado a los dos.

Pero José que estaba enamorado de ella hasta la médula no iba a ceder, y aquel insulto lo embraveció mas, y a punto estuvo de asestarle

un puñetazo en pleno rostro al teniente si no lo sujeto y Margarita se pone delante.

Total que en vez de apaciguar las palabras el teniente al cabo, lo enrabiaron mas y lo volvió a desafiar enseguida, pero junto al polvorín de Horcas Coloradas, que allí no iríamos ninguno, Lo primero por ser zona de difícil acceso, para mujeres y también zona prohibida por ser militar

Yo no obstante los seguí, pero era tanto el afán de matarse uno al otro que no les daba alcance, ya que partieron veloz. Las muchachas quedaron atrás, llorando.

El polvorín de Horcas Coloradas estaba en terreno rocoso por el otro lado del mar y por el norte y este lindaban con las aguas del Mediterráneo. No se podía acercar allí nadie que no fuese militar y estar autorizado, y para impedirlo habían puestos centinelas. Pero los centinela estaban de la alambrada hacia dentro, y por fuera de ella existía una pequeña explanada cubierta de hierba, fuera casi de la vista casi del centinela que permanecía en la garita. Luego cada media hora una patrulla de reconocimiento vigilaba el exterior, por un camino sin asfaltar de tierra colorada y polvorienta.

En el pequeño rellano de hierba se pararon. Allí uno de los dos se iba a matar, perdería el que fuera la vida, por una mujer, como en tantas novelas ocurría, pero aquello no era novela era realidad. Cuando llegué ya estaban enzarzados en la riña. Parecerá mentira, pero el oficial empuñaba una navaja albaceteña de grandes dimensiones, estilo José María el Tempranillo, y el cabo otra aunque más pequeña. Los dos cumplieron con su palabra, de batirse a navaja, y navaja llevaron.

Se tiraban tajos uno al otro, que eludían con paso atrás, parecía que el teniente llevaba la ventaja, en una embestida logró arañar a José en el rostro, y la sangre roja como una amapola brotó. Yo daba voces de que aquello era un suicidio, que las personas civilizadas arreglan las cosas de otra manera, pero nada. Ellos no me oían o no querían oírme. Yo quise sujetar al teniente, y rogarle al otro que ya estaba todo resuelto, pero no logre nada, el teniente se deshizo de mí de una sacudida y fue a por su rival con la navaja en ristre, como fue don Quijote con su lanza a por las ovejas creyendo que eran gigantes.

No acertó Guillermo a clavársela en el vientre como era su intención, José esquivó limpiamente el golpe, y entonces arremetió pinchando al legionario en el hombro derecho. Luego con furia, la sangre estaba tan caliente ardía; le asentó una patada en la mano y la navaja del teniente voló por los aires.

Rugió de dolor Guillermo, y se llevó la mano a la herida que era muy profunda, sangrando abundantemente. A mis gritos apareció el cabo de guardia con dos soldados ya que el centinela lo llamaba sin dejar su puesto, luego se presentó la patrulla, y como los dos sangraban se los llevaron al hospital militar, y a mí a declarar ante el auditor militar de la plaza.

Nervioso dije toda la verdad tal como había sucedido y los motivos. Quede libre aunque insistía el juez militar el porqué no arriesgue mas para impedir aquella absurda pelea.

Página 28

En el hospital permaneció diez días Guillermo, dos José, hasta que curaron de las lesiones. Como arresto preventivo hasta que saliera el juicio el cabo pasó al penal militar de Rostrogordo, por lesionar a un superior. A Guillermo las Chafarinas, como abuso de autoridad y no saber cumplir el código de honor que todo oficial jura o promete.

Ya no los volví a ver mas, a uno y a otro le caerían algunos meses o años de arresto y degradación del cargo. Al Cabo le daba igual lo de la degradación, pero no que toda su quinta se licenció y el quedó allí,

hasta Dios sabe cuándo.

Estábamos a punto de licenciarnos. Nada pintábamos ya en el cuartel, puesto que los nuevos soldados eran los encargados de toda clase de servicio de armas y mecánicos. Ya hacia un mes que juraron Bandera, pero no sé porque nos retuvieron un mes más de lo previsto. Quizás temiéndose algo de Marruecos, o porque tenían que preparar ciertos transportes, por lo que fuera, nuestra misión era comer dormir y en las horas de paseo pasear.

Una de aquellas tardes me encontré en el paseo a Rocío y a Margarita, que pese a ser la primera la causante de que dos hombres se perdieran por ella, ni la molestaron ni ella dejó su paseo vespertino. Me acerque a ellas.

"- Buenas la has liado Rocío, tienes a dos hombres en prisiones militares, y fueron heridos por tu culpa, y estás aquí tan fresca.

No supo que contestarme, pero mascullo que de ella no era toda la culpa, porque si mi amigo José no hubiese faltado, ella no hubiera consentido al teniente, porque de quien estaba enamorada era del cabo.

"- ¿Estabas?- ya no estás- le reproché displicente,

"-Ya nada puedo hacer. Uno y otro me odiaran, yo pronto a finales de mes cuando cobre me marcho a Sevilla, y siempre recordaré esto que ha pasado, pero...¿qué puedo hacer? La justicia militar es dura y ellos saldrán de prisión a lo mejor. No sé. Yo soy joven ¿Qué puedo hacer?

Me lo decía acongojada, si le afectó, pero como decía era joven y tenía mucha vida por delante. También eran jóvenes los dos "novios" y con mucha vida por delante se veían privados de libertad, ¿por culpa de ella? O por ironías del destino, hay lo dejo, que el amigo lector lo juzgue.

En cuanto a Margarita, me rogó que siguiera con ella. Que era buena, y me haría feliz, que estaba dispuesta a seguirme a irse conmigo a España como ella decía, porque aunque Melilla es de España, las criadas y los soldados decíamos África, y algunos hasta Marruecos.

"- Lo pensaré Margarita, lo pensaré.- estuvo mal lo que hice, lo reconozco, porque solo pensaba en licenciarme, y no en otra cosa. No era plan en aquellos tiempos, llevar a una mujer al pueblo, sería la comidilla de todas las vecindonas, y estaría repudiada por las mozas del pueblo, que veían como una intrusa, de sabe Dios qué conducta y honradez le había robado un mozo, que esperaban para ellas.

Al día siguiente, nos ordenaron formar en el patio del cuartel, a las doce del mediodía, era la entrega de la ropa militar, el armamento y todo lo perteneciente al ejército menos la bolsa de aseo, la ropa interior y el cubierto. Podíamos vestir de paisano, con la ropa que guardábamos en las viejas maletas que llevamos al cuartel. Si alguno carecía de ropa civil por deterioro o perdida, podía marcharse de uniforme, entregando la ropa en el cuartel más próximo del los tres ejércitos, o por distanciamientos de estos en el Puesto de la Guardia Civil del pueblo.

Es de suponer la alegría de Juan el Barbero, Juan Martínez, Nicolás Oliva. Alonso ya había sido licenciado por enfermo y todos en general, lamentábamos que José el alto y apuesto Cabo no pudiera compartir la gran alegría que a todos nos invadía.

Página 29

Después de la comida, ya casi todos de paisanos, nos llevaron al puerto, y aquella tarde en un barco cuyo nombre he olvidado, nos embarcamos hasta Almería. Fueron mucha gente a despedirnos, hombres mujeres y niños. Era tradicional en Melilla, la banda del Gobierno Militar, tocaba marchas militares.

Cuando subía a pasarela del barco, miré hacia atrás para despedirme de la ciudad de Melilla, donde pasé 11 meses, de no muy gratos recuerdos, aunque tengo que confesar que fue en donde adquirí el gusto por lo

militar, y por eso años más tarde ingresé en otro cuerpo militar aunque con doble sentido, ser un cuerpo mas del ejército español y velar por la seguridad y propiedad de todos los españoles. Como ya habrá adivinado el lector o lectora me refiero a la Guardia Civil. Cuando miré hacia atrás vi a muchas personas agitar su pañuelo blanco, y divisé a Margarita que lo agitaba con fuerza, de vez en cuando se lo llevaba a los ojos para secarse una fugaz lágrima que resbalaba por sus mejillas, eso creo yo, o tal vez fuese solo un espejismo una ilusión óptica mía. Pero la ilusión de los que regresábamos a nuestras casas es imposible de describir. Sacábamos la verde, como le decíamos a la cartilla militar y la mostrábamos al aire, gritando que estábamos lili, como queriendo decir que éramos libres.

Aquella verde, aquella cartilla militar que nos entregaron al licenciarnos, contenía toda la historia de nuestro tiempo en filas. La mía estaba "limpia" por lo que tenía derecho a solicitar cualquier puesto de la administración del Estado, bien civil o militar. Algunas iban "manchadas" y esos que así la llevaban no podían, no lo admitían en aquellos tiempos a ocupar un cargo público por insignificante que fuera, ni a guarda jurado de un cortijo en el páramo tenían derecho a solicitar, pues se le rechazarían. Así era la vida entonces.

Llegamos a Almería al día siguiente, dormimos algo en el barco pero poco, la emoción de regresar a nuestros hogares nos embargaba el sueño, y al desembarcar (aun estábamos bajo mando militar) un cabo nos formó y nos condujo a un cuartel, donde nos dieron el desayuno. Como en todos los cuarteles café con leche, y panecillos con mantequilla. Lavados y aseados en los lavabos de tropa, el mismo cabo 1º nos condujo a la estación del ferrocarril, y allí había formado un tren larguísimo. Escrito en los coches de tercera con tiza pusieron los nombres de cada región y provincia. Era el que nos llevaría a cada uno a nuestro pueblo. EXTREMADURA Badajoz, decía el de los extremeños y allí montamos en los duros asientos de mares. Ya llevábamos la ropa sucia. Era el mes de agosto y hacía mucho calor. Una camisa blanca que me compre en una tienda de unos judíos en Melilla ya estaba negra de suciedad, y aun tardaríamos dos días en llegar a Badajoz. Si es verdad que de Almería a la capital extremeña, se hace el recorrido en mucho menos tiempos, pero aquel tren al que le pusieron dos máquinas como cafeteras, adelantaba poco y menos por las sierras de Almería y Granada. En Guadix, paramos tres horas para comer rancho que nos llevaron no sé de dónde. Y de vez en cuando permanecíamos en vías muertas, hasta que quedaba vía libre para nosotros. Iban soltando vagones de aquel tren que enganchaban a trenes del levante, de Cataluña, del norte otro para Madrid, y otros para las provincias andaluzas. Al fin quedó el nuestro que fue soltando mozos hasta que llegó a Badajoz. Y antes del final bajé en la estación de Gadiana del Caudillo, negro de tizne y suciedad.

Página 30

Llegué de noche, y aunque el calor había cesado algo en el ambiente era bochornoso. No me esperaban, pues siempre he tenido la fea costumbre de presentarme de incógnito.

La sorpresa y la alegría de mi familia fue como es de suponer enorme y mas la de mi abuela y madre, que no dejaron de rezar a la Virgen y a Santa Bárbara para que regresara como salí de ella sano y sin lesiones y así regrese.

Luego tres años después ingresé en la Guardia Civil, pero esta es otra historia.

* * *

Han pasado más de cuarenta años desde entonces y todos los años

viajo a Valencia tres o cuatro veces para visitar a mi madre ya muy anciana.

Una tarde de otoño cuando las hojas de los árboles alfombran las calles y parques de la ciudad del Turia, En una de las plazas más céntricas de aquella hermosa ciudad, vi a una indigente vendiendo "La farola".

"- Me compra usted un periódico?- me dijo con pena- No puedo comer, no tengo dinero.

"- Que vale eso?-le dije. Pero al mirar aquella cara ajada, y macilenta, me dio un vuelco el corazón.

"-i Dónde he visto yo esta cara?- me pregunte.

En esto que se acercó otro mendigo y le preguntó

"- ¿Te quedan muchos ejemplares Margarita?

"- Si, se vende poco, muy poco.

"- Pues vete a Sevilla. Allí se vende más.

Al oír su nombre mi memoria me trajo remotos recuerdos. Si, era ella no cabía duda. Era Margarita, la que fue novia mía durante el servicio militar.

Le compre el periódico y me marché. No me atreví a decirle nada. Ella me miró un rato, creo que también me reconoció, pero no lo tengo muy seguro.

Al día siguiente, fui al mismo lugar para comprarle otro periódico, no porque me gustara, sino por ayudarla, pero ya no estaba,

Entonces en un quisco cercano compre el periódico valenciano Levante, lo ojee y me llamó la atención la página de sucesos decía.

Hallada muerta una indigente en la puerta de la catedral, llevaba varios ejemplares de "La farola" por su D.N.I.. se conoce su nombre se llamaba Margarita S.R. Era efectivamente ella, la criada de Melilla la amiga de Rocío, la que fue medio novia mía durante los ratos libres allá en la ciudad del norte de África, en Melilla.

Aquí finalizo esta novela, que es de ficción pero con muchos tintes de realidad. Los lugares son reales, los personajes reales aunque les he cambiado el nombre, y de protagonista me he puesto yo mismo, para que no haya interpretaciones equivocadas.

F I N

Guadiana del Caudillo, Julio 2008--- Juan J. Hormigo Bautista